

SUMARIO

ESTUDIOS

- **Cómo me gustaría envejecer.**
Dolores ALEIXANDRE 717
- **Lo que la enfermedad va haciendo en mi vida.**
Mari Patxi AYERRA 735
- **Desmoronamiento y renovación.**
Juan HERNÁNDEZ PICO 747
- **Por supuesto que he cambiado.**
Jesuita y teólogo: mi persona y mi actividad.
Luis G. DEL VALLE, SJ 757

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Cuando los gobiernos estafan a los maestros,
la educación está en peligro.**
Fundación «ENTRE CULTURAS-FE Y ALEGRÍA» 769

LAS BIENAVENTURANZAS

- **8. Bienaventurados los perseguidos
por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los cielos.**
Elisa ESTÉVEZ LÓPEZ 773

LOS LIBROS

- **Recensiones 787**

PRESENTACIÓN

DISMINUIR Y CRECER

Es cada vez más frecuente calificar nuestras sociedades modernas con adjetivos como «multicultural» o «global». Y es innegable que estas características son adecuadas, pues reflejan la importancia y el influjo que este tipo de sociedades está ejerciendo en ámbitos tan distintos como el político, el cultural, el religioso, el laboral, el económico, etc.

Hay también, sin embargo, otros adjetivos que califican la vida de muchos grupos humanos del siglo en que vivimos y que tienen igualmente un valor y una importancia dignos de resaltar. Uno de ellos es el de «sociedad multigeneracional»: cada vez es más habitual la convivencia entre generaciones de edades y mentalidades diversas en las familias, en las relaciones humanas y laborales que establecemos, en las comunidades eclesiales, en las comunidades de Vida Religiosa...

De entre las diversas generaciones que participan en este tejido de relaciones, hay un grupo que destaca sobremanera por el papel tan determinante que está desempeñando: el de las personas que ya han cumplido los 60 años de vida y que, independientemente de la situación laboral en que se encuentren (jubilados o todavía en activo), viven una vida activa marcada por la sabiduría y la madurez, incluso en situaciones de carencias y minusvalías.

Se puede leer en la Sagrada Escritura que *marchó, pues, Abraham, conforme habíale mandado Yahvéh, cuando contaba setenta y cinco años de vida* (Gn 12,4). ¿Qué caracteriza el ser y hacer de Abraham?

Fundamentalmente, tres elementos:

- una vez que ha recibido el anuncio de la promesa de Dios (Gn 12,3), marcha sin destino fijo; su vida y su trayectoria van a estar marcadas por este éxodo, por este andar sin itinerario fijo, descubriendo lo que la novedad de la vida le presenta;
- en dicho éxodo es fiel y obediente a Yahvéh;

- su obediencia y su fidelidad (Abraham marcha de su patria en dirección desconocida, por obediencia a Yahvéh) benefician a otros (las promesas que Dios anuncia a Israel tienen vigencia y valor para éste, porque Abraham, padre de Israel, ha respondido en fidelidad al origen de las promesas).

Estas peculiaridades de Abraham son una ayuda para concretar qué es lo que caracteriza a las mencionadas personas, protagonistas nucleares de este número de nuestra revista. Se trata de personas fieles a Dios, que, reconociendo los límites que el paso de la vida les va haciendo más palpables, se vinculan obedientemente a Él. Su vinculación incluye un aspecto importante: un cambio en el modo de estar presente y de actuar en las actividades que realizan, que produce en numerosas ocasiones un beneficio a generaciones más jóvenes. En definitiva, son personas creyentes, pasivas en su actividad, abiertas a los cambios y, en algunos casos, disminuidas en sus capacidades vitales.

Sal Terrae recoge y presenta el testimonio y la sabiduría de algunas de ellas. En concreto, de *Dolores Aleixandre*, *Mari Patxi Ayerra*, *Juan Hernández Pico* y *Luis del Valle*, cuya actividad ha sido y es distinta, y que viven en situaciones y contextos vitales diversos.

Cómo me gustaría envejecer

Dolores ALEIXANDRE*

Había pensado poner como título a este artículo: «Disminuir y crecer. Una paradoja de la vida cristiana», pero antes de ponerme a escribirlo me llega un número de *El Ciervo* (Junio 2003) en el que unos cuantos hombres y mujeres conocidos a nivel eclesial cuentan cómo están viviendo la década de los 80. Leer sus testimonios me orienta en otra dirección, y cambio el título por otro más sencillo: *cómo me gustaría envejecer*. Porque tengo 65 años y, por si acaso llego a la edad de ellos, me doy cuenta de que tengo ya a mi alrededor suficientes modelos de identificación (y también de desidentificación...) como para saber cómo me gustaría vivir esa «quincena fantástica»¹.

Soy consciente del posible comentario de algún lector menor de 30 años: («querrá decir *cómo envejecer aún más...*»), en sintonía con la frase estupefacta de Mafalda al enterarse de que su padre tenía 40 años: «¿*Qué pila de años decís que tenés?*». O con esos titulares que nos sobresaltan de vez en cuando: «*Anciana de sesenta años muere atropellada en un paso de cebra*».

El paso del tiempo nos hace entender mejor las palabras de Qohélet:

«Acuérdate de tu Hacedor durante tu juventud, antes de que lleguen los días aciagos y alcances los años en que dirás: “No les

* Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae*. Profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

1. Por asociación de ideas: ¿no es llamativa la inexistencia de una «Planta de Tercera Edad» en El Corte Inglés? Quizá se deba a que el instinto comercial intuye la resistencia de muchos posibles clientes a «salir del armario» y a reconocerse del gremio (de la tercera edad, se entiende). En todo caso, con todos los que somos, se podrían vender en ella mil productos, desde pegamento para las dentaduras postizas hasta ofertas de viajes a Benidorm en temporada baja.

saco gusto". (...) Antes de que se rompa el hilo de plata, y se destrozce la copa de oro, y se quiebre el cántaro en la fuente, y se raje la polea del pozo, y el polvo vuelva a la tierra que fue, y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio» (Qo 12,1. 6-7).

Es la misma filosofía del «*Gaudeamus igitur*», que graba en nuestra memoria cada inicio de curso lo de la «*iucundam iuventutem*» y la «*molestam senectutem*», versión ancestral de la absoluta primacía que nuestras sociedades otorgan a lo joven, a la apariencia y a la lucha a brazo partido contra los estragos del tiempo. Como alguien ha dicho: «Hemos conseguido estirar la vida en longitud, pero no hemos aprendido a gestionar inteligentemente el suplemento de años conseguido. Cultivamos la juventud con frenesí. Nos ocupamos de vivir mucho, pero no tenemos derecho a ser viejos»². ¡Y, encima, gravita sobre nosotros el reproche de que por culpa de tantos «adultos mayores» (reciente terminología de la UNESCO), se va a venir abajo en Europa el sistema de pensiones!

La pregunta es, entonces, si no tendrá el Evangelio algo alternativo que decir y ofrecer a los modelos culturales dominantes: la visión de la vejez como un tiempo de regresión, pérdida e inactividad, carente de expectación y de proyectos y habitada irremediablemente por la amargura y la nostalgia; o su versión «revancha recreativa», que empuja a un ocio vacío y a aturdirse en el consumo y la exterioridad.

Como tengo una reconocida fijación con los verbos bíblicos, y a estas alturas de la vida comprenderán que no voy a empeñarme en ser original, he agrupado mi reflexión en torno a *seis imperativos* (otra fijación) que escucharon algunos hombres o mujeres de Israel. El propósito es que nos sirvan de guía a la hora de acometer esta travesía como gente diversamente calificada (mayores, viejos, ancianos, jubilados, tercera edad o abuelos), pero a quienes urge vivir la marcados y sostenidos por el Señor y su Evangelio:

Cíñete / Suelta / Recuerda / No tengas miedo / Elige / Espérame.

Después de cada imperativo incluyo propuestas para una posible «*tertulia entre pensionistas*». Su intento es facilitar el intercambio de experiencias, llamadas y expectativas en torno a esta etapa de la vida, rodeada de tanta afasia y despalambramiento.

2. A. BRENNAN – J. BREWI, *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida*, Bilbao 2002, 91

Cíñete

«Y tú, cíñete, ponte en pie...»
(Jer 1,17)

Ésa fue la orden que recibió Jeremías en el momento de su vocación, y la acción equivalía en Israel a disponerse para acometer un trabajo, un viaje o un combate. En nuestra cultura, quizá lo más parecido sería el «fajarse» de los toreros, o sea, lo contrario de la flojera, el descuido o la imprevisión (sería impensable un torero saliendo a la plaza con guayabera, bermudas y chancas).

No está de más la advertencia, teniendo en cuenta que es frecuente el intento inútil de esquivar la realidad del paso del tiempo y sus consecuencias, desoír sus avisos y disimular sus efectos. Puestos a elegir, posiblemente preferiríamos que se nos colara imperceptiblemente bajo la puerta, evitándonos el trago de tomar conciencia de ello, enfrentar su llegada, ponernos en pie y salir a su encuentro bien ceñidos.

«Enséñanos a calcular nuestros años
para que adquiramos un corazón sensato» (Sal 90,12),

pedía el orante del salmo; y Oseas ridiculiza a Israel cuando intenta adoptar esta postura:

«¡Tiene la cabeza llena de canas, y él sin enterarse!» (Os 7,9).

En otra ocasión recurre a una imagen de genial ironía:

«Cuando su madre estaba con dolores,
fue una criatura torpe que no supo ponerse a tiempo
en la embocadura del alumbramiento» (Os 13,13).

Y eso puede pasarnos también a nosotros si nos negamos a traspasar el umbral que la vida nos pone delante e intentamos eternizarnos en una etapa fetal anterior, sin ser capaces de reconocer que estamos ante la posibilidad de un alumbramiento, aunque conlleve dolores de parto.

¿En qué consistiría, entonces, ceñirse? En primer lugar, en la decisión de asumir la propia existencia, habitarla y comenzar a negociar los cambios que el paso de la edad va a introducir en ella. Nos guste o no, estamos ante una etapa diferente de las anteriores,

en la que, junto a evidentes pérdidas, se nos presentan nuevas oportunidades. Pero para eso hay que ir mentalizándose poco a poco y hacerse suavemente a la idea de que va llegando la hora de dejar algunas de las tareas o responsabilidades que llevábamos entre manos, para emprender otras más apropiadas al momento en que estamos. «Echarle mística» a estas decisiones de desapropiación y comenzar a mirar con simpatía las posibilidades que se abren ante nosotros: se va a ir acabando un ritmo acelerado de vida, podemos entrar en otro modo de estar presentes a los demás en forma de acogida, de escucha y de compañía sin prisas. No se trata de desinteresarnos por aquello en lo que hemos invertido dedicación y energías anteriormente, sino de ir encontrando otros modos de acción y de presencia.

Alegrarnos de poder seguir testimoniando valores del Evangelio que hemos deseado vivir y de los que ahora tenemos mayor experiencia: gratuidad, interioridad y tiempo de vivir, por encima de eficacia, exterioridad y activismo.

No obsesionarnos por buscar frenéticamente cómo estar ocupados, sino, más bien, ir haciéndonos más disponibles a lo que Dios proyecta para nosotros ahora y que se nos irá dando a conocer sencillamente, a través de pequeños signos y «guiños» a los que tendremos que estar atentos. Mirar la «cara sur» de esas nuevas circunstancias: lo que hay en nosotros de «personaje», con su carga de «representación», roles y funciones, entra en fase menguante, y nuestra verdadera identidad desnuda, libre y auténtica puede pasar a creciente.

Como es muy conveniente hablar de esa transición con naturalidad y sin dramatismo³, podríamos dialogar sobre cómo entiende cada uno eso de «ceñirse», y las diferencias que ve entre la orden a Jeremías y la «profecía» de Jesús a Pedro: «Cuando eras joven, te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras...» (Jn 21,18).

En su libro Pasión por la vida (cf. nota 2), de muy recomendable y provechosa lectura, sus autoras, dos religiosas

3. Otro dato sobre el empeño en escabullirse del calendario: cuando, hace unos años, mi Superiora General escribió una carta sobre esa etapa de la vida y la envió a cada hermana a partir de 65 años, a más de una le molestó recibirla. Y me ha dicho un pajarito que algo parecido ha ocurrido en una provincia jesuítica.

y psicólogas norteamericanas, insisten con razón en que la vejez no es algo que sucede sin más, sino una oportunidad para emprender el viaje más importante de nuestra vida, y por eso hay que vivirlo con plena conciencia y total participación: «No es demasiado tarde más que cuando se ha decidido que es demasiado tarde». Un buen tema de conversación sería iluminarnos mutuamente acerca de los proyectos de cada uno al respecto...

Suelta

«Dijo: “Suéltame, que despunta la aurora”.
Respondió: “No te suelto si no me bendices”»
(Gn 32, 27)

Fue Jacob quien escuchó este imperativo de un verbo que en hebreo significa *dejar, abandonar, soltar, cejar, ceder, permitir, rendirse*. La orden (¿o fue una súplica?) procedía del misterioso personaje con el que mantenía una lucha a orillas del Yabbok. También la escuchará María Magdalena, aferrada a los pies del Resucitado en el jardín, junto al sepulcro (Jn 20,17), mientras que la novia del Cantar proclamaba así su determinación:

«Me han encontrado los guardias
que rondan la ciudad:
– ¿Visteis al amor de mi alma?
Apenas los pasé,
encontré al amor de mi alma:
lo agarré y ya *no lo soltaré...*» (Cant 3,3-4)

Soltar: extraño verbo este, tan a contrapelo en una cultura como la nuestra, que propone unánimemente la praxis contraria: poseer, guardar, acumular y retener, y configura un tipo de individuos convencidos de que la meta de la vida consiste en la apropiación. Por debajo de él laten otras muchas expresiones que encontramos siempre pegadas a la médula del evangelio: *perder, vender, dar, dejar, no almacenar, no atesorar, no retener ávidamente, vaciarse...*, o a las recomendaciones de los maestros del espíritu (*desasirse* le llama San Juan de la Cruz). Se nos presenta como un camino alternativo y sorprendente, justo cuando las experiencias de pérdida comienzan a hacerse más frecuentes e inevitables y nuestro organismo psíquico-

co y somático desarrolla garras y tentáculos para evitar ser despojados. Nos empeñamos a toda costa en retener lo que nos ha ido dando seguridad a lo largo de la vida, y tratamos de defender con uñas y dientes aquello en lo que, quizá durante demasiado tiempo, apoyamos nuestro yo: eficacia, reconocimiento, saberes, haceres y costumbres, campos de decisión y autonomía.

El hombre de la parábola de Mc 4,26-29 aparece como un modelo de la sabiduría del «soltar»: sembró y metió la hoz en el momento adecuado, pero supo también vivir la despreocupada confianza de seguir su ritmo cotidiano de dormir o levantarse, dejando a la semilla hacer su trabajo sin tratar de interferirse en ello y soltando el control de los «cómos».

Antes de la escena de la lucha de Jacob, el narrador da esta significativa información: «*Sus pertenencias pasaron al otro lado, y él se quedó solo aquella noche en el campamento*» (Gn 32,22). «Quedarse solo» es una imagen elocuente de lo que puede suponer la etapa de reducción de actividad: de pronto, mucho del equipaje que nos acompañaba «se queda del otro lado», y pequeñas o no tan pequeñas limitaciones se convierten en nuestras compañeras de viaje, muy a destiempo según nuestra percepción, a su hora normal según los que nos rodean. El Evangelio emplea imágenes elocuentes para nombrar el despojo que amenaza nuestras posesiones: *ladrones, polillas, orín, herrumbre...* ¿No será el momento de decidimos a «soltar» y de emprender la aventura de ser conducidos?

El viejo Abraham se reía por lo bajo ante la promesa de un hijo nacido de la vieja Sara, y se apresuraba a decirle a Dios: «*Me contento con que dejes con vida a Ismael...*» (Gn 17,18). Porque Ismael significaba el presente, el hijo conseguido con los propios recursos, al que podía acariciar y ver, mientras que Isaac representaba el futuro, lo recibido y lo imprevisto, lo que le empujaba a dejar atrás sus propios límites y los de Sara, invitándole a entrar en la nueva tierra de las posibilidades de Dios. Abraham se fió de Dios, y Él se lo apuntó en su haber. Dejó que su cuenta corriente se quedara en números rojos y acogió la sorprendente noticia de que le habían ingresado una inmerecida herencia. Lo mismo que al salir de Ur, cuando soltó las viejas ataduras que le vinculaban a una tierra, una lengua, unos dioses y unas costumbres y se dejó conducir sin saber adónde iba.

El pobre Jacob luchaba desesperado con su adversario para arrebatarle una bendición, pero sólo la consiguió cuando consintió en

soltarle. Y se encontró con que, al amanecer, había sido bendecido y recibía un nombre nuevo.

Si somos religiosos, un tema interesante de tertulia sería el de la transición generacional. No es fácil la lucidez en esos momentos, porque detrás de la precariedad del relevo de jóvenes en las instituciones heredadas acecha una trampa muy sutil: la de, «bajo capa de bien», creernos irremplazables y atornillarnos indefinidamente en aquello que creemos dominar a fuerza de repetirlo, frenando la novedad que podría sobrevenir si nos vamos retirando discretamente de en medio. Es verdad que necesitamos mucha honradez y discernimiento para no «soltar» antes de tiempo por pereza o por miedo al esfuerzo; y que tendremos que pedir al Espíritu que los pequeños gestos de desprendernos no se nos mezclen con el despecho, la revancha o el «ahí os quedáis». Pero hay muchas maneras de permanecer en las instituciones que no son el control y el mando, sino sosteniendo y apuntalando a los que toman el relevo. Y eso aunque no acabe de gustarnos los cambios que introducen.

Podemos inventar juntos una preces en las que le pidamos a Dios que se nos pegue la lengua al paladar a la hora de pronunciar frases del tipo «cuando yo era joven no pasaban estas cosas...», o «eso ya lo hemos intentado y fracasó...», «lo que os pasa a los jóvenes de hoy es que...»; y que se nos seque la mano derecha, o al menos se nos vuelva un poco artrítico el índice con el que en etapas anteriores señalábamos, decidíamos o dirigíamos. Y que nadie se sienta a salvo, porque el síndrome puede aquejar tanto a quienes ejercieron cargos de dirección en instituciones o comunidades como a los (las más bien...) que establecieron normativas innegociables acerca de la correcta dirección de los mangos de las sartenes en la cocina, o el horario inexorable de abrir o cerrar la portería de la casa.

Y, puestos a pedir, podemos suplicar también ser agradados con el raro don de la sobriedad a la hora de narrar enfermedades y achaques, y liberados de la propensión al relato pormenorizado y diario de las mismas.

Puede ser sabroso comentar este texto en torno al «soltar»:

«La imagen de una persona que flota en el mar ha ido dominando progresivamente mi idea de lo que es la oración y, por lo tanto, la vida. El nadador está intensamente activo y se dirige a alguna parte; el que flota se deja llevar por la corriente y saborea el momento en que está. También él va a alguna parte, pero la dirección no es cosa suya, sino de la corriente que le lleva. Su principal decisión y actividad es confiarse a la marea. Si no lo hace, tiene que guiarse a sí mismo a través del movimiento de sus brazos; si lo hace, puede confiarse, abandonarse a la marea y vivir intensamente el momento presente»⁴.

Recuerda

«Recuerda el camino que el Señor te ha hecho recorrer
estos cuarenta años por el desierto...»
(Dt 8,2)

«*Tus vestidos no se han gastado, ni se han hinchado tus pies durante estos cuarenta años...*». Ésa era la «relectura» que Moisés invitaba a hacer al pueblo mirando su pasado y contemplando en él el amor cuidadoso de Dios para con ellos. Lo había hecho Jacob antes de pronunciar la bendición sobre los hijos de José: «*El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres, Abraham e Isaac, ha sido mi pastor desde que existo hasta el presente día...*» (Gn 48,15). Y Jesús invitará a sus discípulos a hacer lo mismo: «*“Cuando os envíe sin bolsa ni alforja ni sandalias, ¿os faltó algo?”*. Contestaron: *“Nada”*» (Lc 22,35).

Lo que nosotros llamamos «mirar hacia atrás», para los israelitas es «mirar hacia delante», una manera más lógica de percibir el tiempo, porque el pasado, ya vivido, lo conocemos y está ante nosotros, mientras que el futuro, desconocido, está detrás, a nuestra espalda: «*Lo oculto está ante Yahvé, nuestro Dios, y lo manifiesto es nuestro y de nuestros hijos para siempre*» (Dt 29,28). «*Recuerdo los días ante mí, reflexiono en todas tus obras*» (Sal 143,5). El creyente es, por tanto, como un viajero que viaja hacia el futuro caminando de espaldas: se dirige sin temor hacia lo que aún no conoce, apoyado en la fidelidad de Dios, ya experimentada a lo largo de su historia pasada que está ya ante sus ojos⁵.

4. T.H. GREEN, *Cuando el pozo se seca: la oración más allá del conocimiento*, Santander 1999, 162-163.

5. Cf. H. WOLFF, *Antropología del Antiguo Testamento*, Salamanca 1975, 117-124

La referencia constante al pasado, tan frecuente en las personas mayores, puede ser una opción «biófila» que nos llene de agradecimiento y nos dé un talante de bendición y de alegría, pero puede convertirse también en una costumbre «necrófila» que nos devuelva el pasado en forma de resentimientos, murmuración y reproches. O que nos impulse a magnificar el ayer e idealizarlo, incapacitándonos para descubrir lo que de nuevo y sorpresivo nos trae el hoy. No podemos atosigar con nuestro pasado a la gente más joven con la que vivimos, obligándolos a una especie de tortícolis permanente: lo normal es que ellos miren hacia delante y que nosotros estemos a su lado, animándolos y sosteniéndolos en todo lo que podamos.

Si la tendencia al *revival* nos aletarga, estanca y anquilosa, tendremos que prestar atención a otro imperativo profético:

«No recordéis lo pasado, no os fijéis en lo antiguo.
Mirad que yo estoy haciendo algo nuevo,
ya está brotando ¿no lo notáis?» (Is 43,19)

El futuro es «*lo que viene*» (Is 41,22; 44,7), es «*lo nuevo*» (Is 42,9) hacia lo que nos empuja el Dios creador, empeñado en completar la obra que ya tiene comenzada en nosotros y que tiene aún sin terminar. «*El que comenzó en vosotros la obra buena, la terminará*», recordaba Pablo a los Filipenses (1,6). Y tiene por costumbre «*no abandonar la obra de sus manos*» (Sal 138,8).

«Creí que mi viaje tocaba a su fin, que todo mi poder estaba ya gastado, que ya había consumido todas mis energías y era el momento de guarecerme en el silencio y en la oscuridad. Pero me di cuenta de que la obra de mi Creador no acababa nunca en mí. Y cuando ya pensaba que no tenía nada nuevo que decir ni que hacer, nuevas melodías estallaron en mi corazón. Y donde los senderos antiguos se borraban, aparecía otra tierra maravillosa».

A propósito de estas palabras de R. Tagore, podemos compartir por dónde vemos apuntar en nosotros esa obra que el Creador tiene a medias en cada uno...

Ahora se habla mucho del coaching, o proceso de asistencia que una persona (el coach: tutor, consejero o entrenador) le brinda a otra para que ésta pueda hacer frente en mejores condiciones a diversas situaciones de la vida personal, relacional o laboral. Podemos hacer un role-playing en el que cada uno, por turno, haga de coach y aconseje al otro/a que acude a él con alguno de estos problemas: «¿Có-

mo no voy a estar deprimido, si me han llegado a la vez la jubilación, la artrosis y el comienzo de las cataratas...?». «A pesar de que ahora es cuando mejor estoy dando las clases, me las quitan y me ponen a catalogar una biblioteca...». «Precisamente cuando pensaba dedicarme al bordado de Lagartera, me tiembla el pulso con el dichoso Parkinson...». «Con la de planes que tenía de salir y ver cosas, me dan estos lumbagos que me dejan baldada...».

No tengas miedo

«Cuando Raquel sentía la dificultad del parto, la comadrona le dijo: “No tengas miedo, que tienes un niño”»
(Gn 35,17)

Así animaba la comadrona a Raquel en el trance de parir a su segundo hijo. Como al final ella muere, podríamos pensar que la exhortación a no temer resultó un falso consuelo; y, sin embargo, no fue así: el hijo que había alumbrado, Benjamín, «hijo de mi derecha, de mi fortuna», llevará en su nombre, como una confesión de fe, la victoria de la vida sobre la muerte.

La perspectiva de los estragos de la vejez suele provocar, en quienes la vemos ya cercana, aprensión y temores. Y eso a pesar de haber constatado ya tantas veces las escasas ocasiones en que la realidad se parece a lo que imaginamos sobre ella. Si de algo se encarga la vida, es de sorprendernos y pillarnos de improviso. Podemos atormentar nuestras neuronas visualizando en pantalla imágenes deprimentes de una ancianidad desdentada y achacosa, y a lo mejor nos morimos sin enterarnos, y el único achaque que padecemos fue una rodilla un poco fastidiada.

Nos rondan mil fantasmas que nos auguran pérdidas, soledades, decrepitudes varias y dolores sin cuento y, aterrados, nos olvidamos de que sólo para el *hoy* tenemos fuerza, y que para todo lo demás sólo se nos ofrecen cuatro palabras: «*Te basta mi gracia*» (2 Cor 12,9).

En vez de acumular temores y prever situaciones que seguramente resultarán muy distintas de cómo las imaginamos, ¿por qué no echar el resto en una fe cada vez más confiada en Aquel con cuya promesa contamos?:

«Escuchadme, casa de Jacob,
resto de la casa de Israel,

con quien he cargado desde que nacisteis,
 a quien he llevado desde que salisteis de las entrañas:
 hasta vuestra vejez yo seré el mismo,
 hasta las canas yo os sostendré;
 yo lo he hecho, yo os seguiré llevando,
 yo os sostendré y os libraré» (Is 46, 3-4).

¿Por qué no dejar que la convicción «*Entre tus manos están mis azares, mi suerte está en tu mano*» (Sal 31,15) acalle nuestras ansiedades y se vaya convirtiendo en el murmullo de nuestro corazón?

¿Por qué no atrevernos —que ya va siendo hora— a renunciar a nuestra obsesión por controlarlo todo y aprovechamos la incertidumbre sobre la etapa final de nuestra vida para empezar a adentrarnos en esa tierra que mana leche y miel del abandono? Como el orante del Salmo 23, caminamos a oscuras en medio de la noche; pero, también como él, podemos sosegarnos al escuchar el cayado con el que el Pastor va golpeando el camino para orientarnos en medio de este valle desconocido que recorreremos por primera vez.

Podemos sacar de los más profundo del baúl los temores a la vejez que nos habitan, evocar algunas de las ocasiones en que nos equivocamos en nuestras prospectivas, y compartir también por dónde vamos encontrando alientos para confiar y espantar miedos. Y comentar este precioso testimonio del patriarca Atenágoras:

«He vivido en guerra conmigo mismo durante años, y ha sido terrible, pero ahora estoy desarmado. Ya no tengo miedo de nada, porque el amor expulsa al miedo. Estoy desarmado del deseo de tener razón y de justificarme a mí mismo descalificando a los demás. Ya no vivo en guardia, celosamente crispado sobre mis posesiones. Acojo y comparto. No me aferro ni a mis ideas ni a mis proyectos: si me presentan otros mejores, e incluso no mejores, sino sencillamente buenos, los acepto sin dificultad. He renunciado a hacer comparaciones, y lo que es bueno, verdadero y real es siempre a mis ojos lo mejor. Por eso ya no tengo miedo, porque cuando no se posee nada, ya no se tiene miedo. Si estamos desarmados y desposeídos, si nos abrimos al Dios Hombre que hace todo nuevo, entonces Él hace desaparecer toda la negatividad del pasado y nos devuelve un tiempo nuevo en el que todo es posible»⁶.

6. *Christus* 191 (Julio 2001), 285.

Elige

«Mira: hoy pongo delante de ti bendición y maldición.
¡Elige la vida!»
(Dt 30,19)

«Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia –lo cuenta Eduardo Galeano– pudo subir a lo alto del cielo. A su vuelta contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. “*El mundo es eso*”, reveló, “*un montón de gente, un mar de fueguitos*”. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende»⁷.

«Arder la vida con ganas»: una preciosa metáfora del «*elegir la vida*» que aconseja el Deuteronomio. Supone, para empezar, una invitación a despertar zonas que pueden estar aletargadas en nosotros y adoptar una postura de generatividad y no de estancamiento. «*No ores* (no envejecas, podemos añadir...) *en una habitación sin ventanas*», recomienda el Talmud.

Seguir interesados con apasionamiento (y con lucidez para dar con buenas fuentes de información) por lo que ocurre en nuestro convulsionado mundo. Visitar lugares que quizá nunca tuvimos ocasión de conocer: una sinagoga, una mezquita, un laboratorio, una zona deprimida de la propia ciudad⁸. Conversar con algún aficionado al *piercing*, a los tatuajes o a la música *techno*. Escuchar un CD de algún superventas, para tratar de entender un poco mejor a los jóvenes...

Seguir sin fanatismo algunos de esos consejos que hoy proliferan (nunca ha estado la tercera edad tan aconsejada) en torno a la importancia de caminar y de hacer algún ejercicio físico que ayude, en lo posible, a mantenernos, ágiles, sanos y sin incordiar demasiado.

7. *El libro de los abrazos*, Madrid 1999, 1.

8. Son ideas del «Decálogo del buscador» que propone F. DE CARLOS OTTO en *Qué sentido tiene la vida*, Madrid 2002, 21-23.

Contactar con gente que se mueve en el mundo de las prisiones, los sin techo, los emigrantes, los enfermos terminales, la rehabilitación de drogodependientes... Porque quizá en alguna de esas tareas, o en una ONG, les venga bien contar con alguien que eche una mano, aunque sea en modestas tareas burocráticas. En todo caso, esos contactos ensancharán nuestro horizonte e impedirán que seamos de esas personas que se mueren a los 70 y los entierran a los 90. Pero, sobre todo, habitarán nuestra oración y nos permitirán seguir escuchando el latido del corazón de Dios en el corazón del mundo.

Pero la llamada a *elegir la vida* tiene también otra faceta más difícil de encajar y que consiste en «escoger» voluntariamente lo que la vida, y el Señor de la vida a través de ella, va eligiendo para nosotros. Con los años se va llegando a la constatación –en apariencia evidente, pero asombrosamente costosa de conseguir– de que «todo a la vez no se puede». El sueño de la omnipotencia tarda bastante en desaparecer, así como su prima hermana, la engañosa sensación de que ante nosotros sigue perpetuamente abierto un abanico inmenso de posibilidades. Supone la aceptación de que para algunas (o más bien para bastantes) opciones o elecciones se nos ha acabado el tiempo. La expresión «ya nunca» hace acto de presencia como una forastera desconocida⁹.

Y se presenta la oportunidad de un *focusing* que ya había descubierto Juan de Ávila en el siglo XVI:

«Querellémonos de nosotros, que, por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas para, con todo nuestro pensamiento, mirar a sólo él. Cierra el balletero un ojo para mejor ver con el otro y acertar en el blanco, ¿y no cerraremos nosotros toda la vista a lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor y asíéntelo en Dios quien quiere alcanzar a Dios»¹⁰.

9. Yo siempre tuve en el horizonte aprender a conducir «en cuanto tuviera tiempo», hasta que de pronto me di cuenta de que ya se me había pasado la edad. Durante mucho tiempo acaricié la idea de hablar bien inglés, pero el realismo me ha empujado a abandonar mi sueño, dado que, después de tanto esfuerzo, los nativos sólo me entienden cuando digo frases elementales del tipo: «I have a dog» o «My tailor is rich», por las que suelen mostrarse escasamente interesados.

10. «Carta a una señora en tiempo de Adviento»: *Obras completas del Beato Juan de Avila*, I, Madrid 1952, 563.

La diferencia entre nosotros y el balletero está en que una cosa es cerrar un ojo voluntariamente, y otra que el ojo (posibilidades, opciones, perspectivas...) «se te cierre» sin contar contigo, y te encuentres, de la noche a la mañana, convertido en un «balletero tuerto» que no es que elija cerrar un ojo libremente, sino que ya no puede abrirlo. Ese momento nos sitúa ante dos opciones: lamentarnos indefinidamente por la visión perdida o aprovechar la circunstancia para centrar la atención en ese «blanco» que se nos descubre, por fin, como «lo único necesario».

Decía François Mauriac que el paso del tiempo provocaba en él un desinterés en sentido absoluto ante todo lo que le distraía y desviaba de un solo pensamiento. El secreto está en acertar con el verdadero «blanco» en el que concentrar nuestra atención: si «el solo pensamiento» resulta ser el Señor y su Reino, podemos dar la bienvenida a todo aquello que nos reduce el marco existencial: porque lo que aparentemente nos limita, nos está haciendo el gran favor de «recoger y asentar nuestro amor».

Pero para eso necesitamos ejercitar mucho ese convencimiento que tenía Jesús (y que tanto recalca Ignacio de Loyola) de que Dios está trabajando constantemente en nosotros (Jn 5,17; EE 236) y de que «no somos quiénes» para guiar su trabajo, lo mismo que la arcilla no pide cuentas al alfarero por la forma que está recibiendo, ni le dicta el momento de finalizar su obra (cf. Is 45,9-11).

Lo que puede hacer apasionante la etapa final de nuestra vida es consentir que Dios nos moldee a través de las «pasividades de disminución», y llegar a conocer en la propia existencia, corporalidad incluida, ese misterio de que la manera que tiene Dios de enriquecernos es precisamente a través de la pobreza (cf. 2 Cor 8,9). Y si nos ingeniamos para hacernos próximos de gente empobrecida, ellos serán nuestros mejores maestros.

Contarnos cómo acogemos en nuestra sala de visitas a Don Ya-nunca y a Doña Antes-yo... Porque podemos sacar a recibirles a Doña Nostalgia López y a Don Quintín el Amar-gao, que les hacen la visita entre suspiros, recriminaciones y lamentos. Pero disponemos también de otros recursos de recepción: por ejemplo, soltar al bendito humor que sale moviendo la cola y dando lametones a la visita, recordándonos que, desde Atapuerca, llevan los seres humanos envejeciendo y no ha pasado nada, salvo que se han muerto.

Como es probable que el «argumento Atapuerca» no convenga a todos, se puede leer y comentar este precioso texto de Teilhard de Chardin:

«Dios mío, haz que, tras haber descubierto la alegría de utilizar todo crecimiento para dejarte crecer en mí, acceda tranquilo a esta última fase de la comunión en el curso de la cual te poseeré, disminuyéndome en Ti. Tras haberte percibido como Aquel que es “más que yo mismo”, haz que, llegada mi hora, te reconozca bajo las especies de cada fuerza, extraña o enemiga, que parezca creer destruirme o suplantarme. Cuando sobre mi cuerpo (y aún más sobre mi espíritu) empiece a señalarse el desgaste de la edad; cuando caiga sobre mí desde fuera, o nazca en mí por dentro, el mal que empequeñece o nos lleva; en el momento doloroso en que me dé cuenta, repentinamente, de que estoy enfermo y me hago viejo; sobre todo en ese momento en que siento que escapo de mí mismo, y soy pasivo en manos de las grandes fuerzas desconocidas que me han formado; Señor, en esas horas sombrías hazme comprender que eres Tú (y sea mi fe lo bastante grande) el que dolorosamente separa las fibras de mi ser para penetrar hasta la médula de mi sustancia y llevarme a ti. (...) Energía de mi Señor, fuerza irresistible y viviente, puesto que de nosotros dos Tú eres el más fuerte, a ti compete el don de quemarme en la unión que ha de fundirnos juntos. Dame todavía algo más precioso que la gracia por la que todos los fieles te ruegan. No basta que muera comulgando. Enseñame a comulgar muriendo»¹¹.

Espérame

«Prepárate para mañana,
sube al amanecer al monte Sinaí y espérame” (...)
El Señor bajó en la nube y se quedó con él.
Y Moisés pronunció el nombre del Señor»
(Ex 34,2.5)

La cita para un encuentro personal pone la vida en clave de expectación, como tantas otras imágenes bíblicas que buscan provocar nuestra esperanza. Pero para eso necesitamos convencernos de que la historia de sus personajes es nuestra propia historia y de que, al hablar de su espera, se está hablando de la nuestra: si nos habita esa

11. *El medio divino*, Madrid 1964, 84-85.

fe, nos sentiremos subiendo, como Moisés, al encuentro del Señor en el monte; seremos los invitados que se preparan para acudir vestidos de fiesta al banquete del Rey; o el campesino que aguarda impaciente la hora de la cosecha; o la mujer que soporta con entereza los dolores de parto, adelantándose a la alegría de tener en los brazos a su hijo. Nos quedaremos desvelados oteando en la noche, como las muchachas que aguardaban el rumor de la llegada del novio, o regresando llenos de alegría al campo por el que lo hemos vendido todo y en el que nos espera el tesoro escondido.

«El reino de los cielos –podía haber dicho Jesús– se parece a un hombre que, antes de regresar a su país después de un largo viaje en tierra extranjera, cambia todas sus monedas por las únicas que en adelante le serán válidas». Pablo no tiene duda acerca de cuáles son esas monedas: «*Ahora nos quedan la fe, la esperanza y el amor: estas tres. Pero la más grande es el amor*» (1 Cor 13,13).

En un relato de los Padres del desierto se cuenta que un joven discípulo fue enviado por su *abba* a visitar a otro hermano que tenía un huerto en el Sinaí. «El joven discípulo, al llegar, pidió al propietario del huerto: “Padre, ¿tienes algunos frutos para llevarle a mi maestro?”. “Claro que sí, hijo mío, coge todos los que desees”. El joven discípulo añadió: “¿Habrá también aquí algo de misericordia, Padre?”. “¿Qué es lo que dices, hijo mío?”. El joven repitió: “Pregunto si habrá aquí algo de misericordia, Padre...”. Hasta tres veces hizo el joven la misma pregunta, sin que el propietario del huerto supiera qué responderle. Finalmente, murmuró: “¡Que Dios nos ayude, hijo mío!”. Y, tomando su hatillo, abandonó el huerto y se adentró en el desierto diciendo: “Vayamos en busca de la misericordia de Dios. Si no he podido dar una respuesta a un joven hermano, ¿qué haré cuando sea Dios mismo quien me interrogue?”»¹².

«Algo de misericordia»: ésa es la dracma que Dios, como aquella mujer que barría su casa, buscará por nuestros rincones; y el talento con el que apresurarnos a negociar para cuando nos lo reclame el Dueño a su retorno; y nuestra única inversión sensata, como la de aquel administrador que supo hacerse amigo de quienes iban a recibirle y se ganó la felicitación de su Señor.

Pero para eso hay que dejar que la vida teológica imprima a nuestra trayectoria renqueante la «velocidad de crucero», y vayamos

12. *Les sentences des Pères du désert. Nouveau recueil*, Abbaye de Solesmes 1970, 92.

aprendiendo a vivir como «*ciudadanos del cielo, que esperan la venida de Nuestro Señor Jesucristo*» (Flp 3,20). Porque la esperanza, la más pequeña de las tres, pero que sostiene a las otras dos, como decía Péguy, nos va enseñando pacientemente un modo nuevo de *hacer* que consiste ahora en *estar y esperar*¹³.

«No sé lo que ocurrirá del otro lado,
cuando todo lo mío haya basculado
hacia la eternidad.

Lo que creo,
lo que únicamente creo,
es que un amor me espera.

Por favor, no me habléis de glorias,
ni de alabanzas de bienaventurados,
ni de ángeles.

Todo lo que yo puedo hacer es creer,
creer obstinadamente
que un amor me espera»¹⁴.

Son palabras que reorientan nuestro deseo y nuestra vigilia, susurrándonos allá dentro la certeza de que el Dios que nos espera desbordará siempre nuestras expectativas.

«El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí.
Y Moisés pronunció el nombre del Señor» (Ex 34,5).

Puede ser dura la subida monte arriba, y la espera en la cima sin saber cuánto va a tardar el Dios imprevisible, y más aún consentir adentrarnos en su nube.

Pero el Señor acudirá a la cita –de Él ha partido la iniciativa del encuentro–, se quedará con nosotros, y pronunciaremos su Nombre.
Y Él pronunciará el nuestro.

13. «Milton en uno de sus poemas va hablando de su larga ceguera: *Al pensar cómo mi luz se vio apagada...* se pregunta si él y los que son como él, privados de estar enteros, han podido servir de algo, para concluir que Dios no precisa el talento y las obras de todos los seres, sino que *también sirven los que sólo están y esperan*» (Javier MARÍAS, «A los que sólo están y esperan», en *El País Semanal*, 2 de Agosto 1998).

14. Soeur Marie du Saint-Esprit (Simone Piguet 1922-1967, Carmelita de Nogent-sur-Marne).

ST
EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



«Yo creía que me habían enviado a Chiapas para evangelizar a los indígenas, y resulta que he sido yo el evangelizado por ellos». Después de haber vivido cuarenta años como obispo en esa zona de México, Samuel Ruiz cuenta su sorprendente descubrimiento de los indios mayas, que constituyen el ochenta por ciento de la población de Chiapas. Rara vez habrá descrito un documento con tanta profundidad lo que significa, para este mexicano que estuvo a punto de nacer en los Estados Unidos, el encuentro exigente con otros pueblos, lejos de todo exotismo y de toda comprensión superficial.

En una región sometida a la pobreza, víctima de la violencia del poder central mexicano, Samuel Ruiz pone de relieve la dignidad de los mayas y de sus culturas, en un combate en el que convergen la lucha por los derechos humanos y la expresión de su esperanza en Cristo. Este libro, en el que resuena el eco del pueblo de Chiapas y del movimiento zapatista, hace oír la voz de un justo en América Latina.

168 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €

Lo que la enfermedad va haciendo en mi vida

Mari Patxi AYERRA*

Hay días en los que, como hoy, no puedo arrastrar mi cuerpo, apenas soy capaz de pensar y no consigo mantener mi atención en nada o en nadie. Mientras, mi cabeza está dispersa, y por los adentros resuena una música de «deberías», y otra de dejarme caer abandonada.

¡Cuánto me cuesta mirar a la otra persona y darme cuenta de que soy incapaz de retener lo que me está contando...! A veces digo frases hechas, lo cual hace que los demás ya vayan dándose cuenta de que estoy «fuera de juego» o incluso se molesten, porque creen que no les estoy prestando bastante atención. Mi diplomacia o mi vanidad todavía se esfuerzan por dejarme en buen lugar, y tardo tiempo en explicar que no estoy, que no soy, que hoy no puedo... Ahora mismo, sin ir más lejos, querría volcar en el ordenador, en vivo y en directo, lo que me ocurre, pero mejor será que lo interrumpa, aunque mañana ya se me habrá olvidado esta sensación confusa y dura. Así, cuando la maquinaria me falla, me tumbo, dejándome caer en las manos de Dios, como una marioneta sin nadie que la mueva, hasta que Él quiera de nuevo darle vida.

Es entonces cuando recuerdo aquello que el Señor dijo a San Pablo: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad», y pienso que «cuando soy débil, entonces soy fuerte»... Bueno, o más bien quisiera pensar eso, y por los adentros hay un ir y venir de ideas y sentimientos contradictorios, entre mi cabeza y mi corazón. Creo que es ahí precisamente, en el corazón, donde me descansa el Señor, donde me susurra al oído que me deje estar así, hecha un guiñapo.

Al escribirlo parece todo más oscuro, más difícil. Luego, con el transcurso del día, me olvido un poco de mí misma y sigo disfrutando, atenta a la vida y a las gentes. Pero cuando se me caen las

* Animadora socio-cultural. Madrid.

cosas de las manos, y los míos se impacientan, o comentan que no hago caso, que no me entero, que me encuentran distraída..., sufro por dentro, sabiendo que esta cabeza mía no tiene ninguna pinta de mejorar, sino que poco a poco parece ir perdiendo capacidades.

Y en pleno ataque de miedos oigo a Dios susurrarme:

No temas, que yo te he redimido	<i>No temas, Mari Patxi, que yo te he elegido.</i>
Te he llamado por tu nombre; eres mía	<i>Te he llamado por tu nombre; eres mía.</i>
Si pasas por las aguas, yo estaré contigo	<i>Si la enfermedad te ahoga, yo estoy contigo.</i>
Si por ríos, no te ahogará	<i>Si crees que no te quedan fuerzas, descansa en mí.</i>
Si caminas por el fuego, no te quemarás	<i>Si estás quemada, yo te refrescaré.</i>
Y las llamas no te abrasarán (Is 43,1-2)	<i>Porque nada que te ocurra podrá frenar nuestra vida común.</i>

Aunque muchas veces me digo a mí misma: ¡Basta ya de observar tu ruina interior! ¡Basta ya de darte lástima por lo que no haces, por lo que te falta, por lo que no puedes!..., me hace bien recordar todo lo que me ocurre, reírme de mi propio deterioro y mirarme con humor y con ternura.

Una de las labores de limpieza que va haciendo conmigo la enfermedad consiste en bajarme de donde yo me subo, mostrarme más pequeña en los momentos en que quiero aparentar control de la situación, colocarme frente a mis fragilidades, destruir mi «personajillo», ese que con tanto cuidado una se ha trabajado para sentirse valorada por los demás, aunque se maquille de sencillez o de indiferencia.

Garrapata «okupa»

Yo creo que la enfermedad es como una especie de garrapata que se centra en el ombligo, se agarra fuerte para que no te distraigas con otras cosas y te hace pensar continuamente en este cuerpo que no marcha, esta cabeza que no funciona, este dolor que aparece o el ali-

vio que produce un determinado producto. Además, los otros, atentos y solidarios, se ocupan también de hablar constantemente de esa garrapata malévola que invade tu vida y te vuelve absolutamente egocéntrico, no dando apenas importancia a lo que les ocurre a los demás, pues, en el momento en que te distraes un poco, va ella y aprieta alguna de sus patas, succiona tu energía y se vuelve a hacer el centro de la reunión, lo más urgente de la vida.

Y como solemos tener la deformación vital de ocuparnos más de lo urgente que de lo importante, nos encontramos con que, en cuanto le hayamos dejado un poco de espacio, esa «garrapata okupa», nos ha robado la escucha a los amigos, el interés por el mundo y la solidaridad con la que antes vivíamos. Su urgencia permanente hace que salgas a su encuentro, quizá como antes has salido al encuentro de otros sufrimientos de los demás; pero hay que procurar conocerla para advertir sus trampas y darle unos cuantos cortes a tiempo para que no te gane, para que no te penetre con sus múltiples patas que la mantienen tan agarrada a nosotros.

La garrapata, dice el diccionario, es un parásito que tiene gran importancia en patología porque puede acarrear virus causantes de diversas enfermedades. Así es en mi caso: siento que me trae cansancios, que me impide hacer tareas que antes dieron sentido a mi vida. Tengo que reducir mi ritmo de vida. Succiona mi vitalidad, y la enfermedad que me provoca es la falta de sencillez para aceptarme lenta, pasiva y en la retaguardia de la vida familiar y social una y otra vez.

Mis autocompasiones

La vida familiar, los trajines domésticos y mis tareas de animación han llenado mi tiempo de ilusión y de sentido. Soy una apasionada de la comunicación, que imparto y comparto en charlas y cursos. También escribo sobre la familia, la sexualidad y las relaciones humanas. Pero, sobre todo, lo que más me entusiasma es compartir la experiencia de Dios y ese entretejido que Él va haciendo con nosotros en el vivir cotidiano. Todo esto lo escribo, lo cuento, lo animo y lo celebro en una y mil actividades.

Debería hablar en pasado de todo lo anterior, ya que, de pronto, mi cuerpo comenzó a molestar. En mi mejor momento profesional, en un tiempo de estabilidad familiar, cuando estaba comenzando a

disfrutar de ser abuela, cuando todo lo tenía atado y bien atado, perdí la memoria en dos ocasiones, y comenzaron a fallar mis ojos y mi cabeza. En un principio pensé que podría ser debido a mi exceso de pasión en mis actividades de animación, que me encantan, además de las domésticas, que me encantan menos, y me propuse un tiempo de mayor vida interior y abandono. Así que comencé a intensificar mi parte de María y dar descanso a mi parte activista de Marta. Aun así, siguieron fallando mi memoria, con intermitencias, y mis ojos, con visión doble. Cuando acudí al hospital, tenía más síntomas de los que yo había percibido. Salí de allí con el diagnóstico confuso; microinfartos cerebrales, posible esclerosis múltiple, epilepsia..., e inicié mis peregrinaciones a médicos y hospitales.

De pronto estaba enferma. Comencé a sentir la fragilidad de mi cabeza. Dudaba yo de muchas cosas y, lo que es aún peor, dudaban los de alrededor de casi todas mis afirmaciones y hechos. Hasta entonces tenía yo una mente bastante ágil, pero desde ese momento paso muchos ratos envuelta en dudas o sentada frente al ordenador o ante un armario, o ante una persona, sin otra seguridad que la duda y con la terrible sensación de que ni yo misma me puedo fiar ya de mí. Algún día mis lágrimas van a producir un cortocircuito en mi ordenador...

Hasta ese momento había sido yo la dueña de mi vida, y desde que salí del hospital fueron los otros los dueños de mis diagnósticos y mis itinerarios sanitarios. Había perdido ese ritmo acelerado que tanto me gustaba. He sido una mujer que ha exprimido la vida al máximo, que ha vivido locamente «en quinta»..., y ahora tengo que aprender a vivir «en primera», a ir despaciosamente por la vida y con los otros. Me gustaba ir delante y tirar...; hoy voy detrás y dejándome cuidar y empujar. Esto es lo mejor que me ha traído la enfermedad. De pronto, yo, que iba en cabeza, estoy aprendiendo a ir detrás ayudada por otros.

Es la misma sensación que siento cuando mis hijos corren la maratón de Madrid y toda la familia vamos de esquina en esquina, con pancartas, aplaudiendo y animándoles. A mí que me ha gustado tanto correr la maratón de la vida, hoy me toca aplaudir y animar; no dejar que me envuelva la nostalgia de mis velocidades anteriores, sino estar atenta a mantener el entusiasmo de los otros en su carrera.

La enfermedad me ha vuelto vulnerable, pero al mismo tiempo me ha envuelto en el maravilloso regalo de sentirme cuidada, mimada

da, atendida. Necesito de todo y de todos. Desde mi médico de cabecera, que no me cura pero me cuida e investiga buscando mi salud, hasta los míos, los cercanos y los lejanos, los vecinos y los amigos. Sus pequeños detalles me emocionan, y a todos tengo muchísimo que agradecer.

Si antes me preocupaba la jubilación de mi marido, por el freno que podría suponer para mi actividad, hoy la enfermedad se ha ocupado de ponerme en mi sitio, de tenerle a mi lado cuidándome y apoyándome para que todo sea lo más fácil posible. Su jubilación ha sido mi regalo para facilitarme algunas tareas domésticas y para estar siempre mejor acompañada.

Quisiera aceptar con sencillez los diez kilos de más que me han traído mis cansancios y la falta de ejercicio; la visión doble, que me dificulta a ratos trabajar y me invita a «meterme hacia adentro» e interiorizar y ser más reflexiva. Hay días en que mi mente está anquilosada, y mi cuerpo también. Entonces tengo que recurrir a mis fuerzas profundas, recordar que «no soy lo que hago» y dejarme estar así, disminuida físicamente y sin angustias. Es entonces cuando brota con más fuerza mi energía interior y la salud de mi corazón me hace ser más consciente de ser una mujer habitada.

He tenido que dejar muchas de mis actividades que me hacían sentirme válida. He reducido las invitaciones en nuestra casa, porque enseñada me canso como anfitriona... y me cuesta... me cuesta mucho no tener esa agilidad doméstica que me hacía improvisar una comida para el que llegara, o quedarme con mis nietos siempre que me los prestaran. Parecerá una tontería, pero bajar el ritmo familiar es de las cosas que más me están costando. Me gustaba mantener esa casa abierta, esa mesa siempre a punto que durante tantos años hemos procurado tener.

Cuando me preguntan cómo estoy, me doy cuenta de que me falta la sencillez de decir: «hoy estoy hecha un asco» o «todavía no estoy bien»... Siempre contesto que estoy estupendamente, y es porque, en el fondo fondo, allá en el último rincón del alma, andan mis vanidades. Y siento pena por no tener el mismo ritmo que mi marido, que mis hijos, que mis compañeras de trabajo o mis amigos. Y a veces lloro un rato y me enfurezco por dentro, por sentirme lanzada a la inactividad y la soledad. Hay días en que mi cuerpo no responde, y tengo que pasármelo tumbada o sentada, sin hacer nada más.

Todo en su sitio

Pero cuando me pongo en oración, todo se coloca en su sitio. Ya no siento pena por lo que fui y no soy, sino que siento unos deseos enormes de vivir el presente, así, sin memoria, y disfrutarlo a pleno pulmón, como estoy, sin enmascarar la enfermedad y sin buscar la salud como un niño al que han quitado su caramelo. Creo que en el proyecto que tiene Dios para mí también entra la fragilidad del estar enferma, incluso sin diagnóstico concreto, y que yo, que soy una habladora, de lo divino y de lo humano, también tengo que contar cómo lo siento, cuánto lo lucho, qué resortes tengo. Y siento el sueño de Dios sobre mí para cada día, sea de trabajo o de estar pereceando en el sofá, sólo para que los demás me mimen y, a través mío, vivan la ternura y el saber cuidar. Así descubro nuevos placeres y aprendo a no vivir siempre corriendo hacia adelante, sino a caminar hacia mi interior.

El tiempo de enfermedad, de cama, de soledad, me facilita la intimidad con Dios, me ayuda a estar aún más cerca de Él y a sentir su luz para mi historia personal. Y en mi diálogo con Él me sosiego por dentro, me sereno, se me desvanecen los miedos, y me sumerjo del todo en cada momento, sin nostalgias del ayer ni temores por el mañana.

Quisiera aceptar de forma madura que la enfermedad forma parte de mi vida, como en su día lo hicieron los embarazos, el trabajo, las prisas o las excursiones. Ahora mi imagen de super-madre, suegra, abuela, amiga y animadora se ha ido al garete y se ha cambiado por la de una mujer frágil, calmada, flojucha, cansada, que se deja cuidar, que necesita mucho y que genera a su alrededor detalles y ternuras que los demás le regalan. Así los míos me tienen más, los de cerca me tienen más, y yo me voy desapegando un poco de mí misma. No es que me haya vuelto acaparadora, no. Pongo especial cuidado en que cada uno viva su vida, sin dejarse afectar demasiado por mi enfermedad; pero para ellos también es una lección que les ofrece la vida. A ellos también les ha ocurrido algo importante, que nos une y nos vuelve tiernos.

¡Han sido tantos los regalos que he recibido en este tiempo de enfermedad...! ¡Han sido tantas las cariñadas domésticas, sanitarias, gastronómicas, afectuosas que he recibido en estos tres años, que necesitaría toda una vida para dar las gracias! A mí, que me ha gustado tanto regalar y regalarme, estoy teniendo el privilegio de poder

hacer que otros sientan lo mismo por mí, desde mi portero, el fotocopador, la cartera, la vecina, el compañero, la profe, el médico, el zapatero... y un larguísimo etcétera de personas.

Mi cuerpo se ha estropeado, a ratos mi cabeza está confusa, mis ojos ven doble, y me fallan algunas piezas más; pero mi corazón está fuerte para amar. Yo creo que también se ha inflamado, y por eso ha necesitado unos kilos más, para que mi capacidad de querer y de disfrutar quepa en este cuerpo pachucho que está mejorando mi alma.

Yo he sido de las que han tirado mucho de su cuerpo y apenas le han escuchado. He aprendido que hay que saber cuidarse para cuidar, y que hay que darle al cuerpo la ración de descanso, ejercicio, alimento y amores que necesita. El mío lo ha reclamado, y ahora que lo cuido nos llevamos mejor. ¿Habrá tenido que pasar todo esto para que mi cuerpo y mi espíritu se unifiquen?

Estoy aprendiendo a perder el control de las cosas, los momentos y las personas. Ya no soy dueña de mi agenda, porque no sé cómo voy a amanecer mañana: si radiante o hecha una piltrafa. También he aprendido a estar enferma pero contenta, y a tener dolor pero no sufrimiento. Me habría ganado la partida la enfermedad si no me hubiera apoyado en la capacidad de reírme de mí misma y del culebrón que os estoy contando. He de confesar que tan pronto estoy melodramática, dándome pena de mí misma, como me pongo en marcha, buscando distracción en un paseo, en un amigo o en la vida de los demás. Así consigo reírme de mí, por estar «tan enferma».

Esta etapa de mi vida la estoy viviendo con intensidad, profundamente, y así he tenido la suerte de conocer otras situaciones nuevas para mí, como los enfermos, los ancianos y el mundo sanitario, tan lejos de mí en otros tiempos. También recibir la unción de enfermos, acompañada de los míos, ha sido una de las vivencias más preciosas de complicidad familiar. ¡Qué verdad es que, cuando uno está enfermo, toda la familia está un poco enferma...! Y juntos estamos creciendo mucho con lo que nos está ocurriendo.

No sé cuánto durará esto, ni cómo será el desenlace, pero da igual. Voy viviendo el día a día, intentando entrar del todo y salir del todo en cada momento y en cada situación. Este rato estoy bien y puedo escribir un poco. Mañana quizá me toque estar callada y también tendrá su sentido y su misión. Me gusta aprovechar mis ratos de silencio para extender mi interés por la humanidad en oración por y con el mundo.

Echo la mirada hacia atrás y me doy cuenta de que en nada de tiempo mi vida ha dado un vuelco de 180 grados. Entré un día en el hospital viva, normal, sana... y salí distinta, sin saber qué me llevó allí, qué me sacó de allí, qué me quitaron, qué me dieron y qué demonios hicieron de mí.

El caso es que los días de hospital fueron una maravillosa mezcla de amabilidad y eficacia, que todos mis seres queridos se pusieron en danza para demostrármelo, y que tenía detrás un equipo de profesionales que miraban mi cuerpo al microscopio, con atención y con ternura... Tengo unos recuerdos tragicómicos de esos días llenos de gentes, de miedos, de risas, de dolor, de recuentos, de caricias, de dudas, de estrenar vida.

Parte de mi vida se quedó en el hospital

Y me devolvieron a mi casa que me resultó también nueva al volver. Interrumpí todas mis tareas, mis obligaciones domésticas y mis ritmos acelerados. Se quedaron en el hospital mi agenda, mis prisas y mi energía, y volví a mi hogar a disfrutar despaciosamente de mi fragilidad, de la inactividad recién estrenada, del cariño de tantos que siempre cuidé, de la casa acogedora que decoré y de los mil detalles con que envolvieron mi larga convalecencia. Apareció gente que me quiere, y a la que quiero, para demostrarme que estaba viva y que mi corazón seguía amando.

Dándome pena, calmándome, compadeciéndome y abandonada en Dios, no quise volver a casa pasiva; me ocupé de ser actora y no espectadora de lo que me ocurría, de cada momento presente en el que volqué mi nueva intensidad, colaborando con la vida para exprimirle su jugo. Sabiendo que ya no soy la que era, pero aprendiendo un vivir distinto que me hace disfrutar gozos antes inadvertidos, cotidianos milagros como el nacer del sol, el olor de mi gente y la calidez de mi hogar.

A veces me asalta la «morriña». La nostalgia de lo que fui, de mis éxitos, de mi chispa y de mis carcajadas me ha hecho llorar muchas lágrimas. A ellas les ha seguido un intento de colaborar con la nueva vida, de dejarme llevar, de cumplirme también así, con el freno echado, y con otras tareas.

La realidad es que no me caben las mismas cosas en mi cabeza. Me siento mucho más torpe. No puedo enhebrar una aguja, me

cansa el ordenador y escribir lo que no sean sentimientos como esto, que es volcar mi alma en este maravilloso chisme que guarda todo lo mío ordenada y respetuosamente. Me agota Internet y hasta me molesta recibir tanto correo que me siento obligada a responder. Me cuesta escribir algunos artículos que antes me brotaban con fluidez incontrolada. Incluso creo que, últimamente, no he escrito nada decente, más que unas cartas mensuales a mis nietos y un Diario de Esperanza, que publican en una revista para humanizar la salud y que la vida hospitalaria me nutre de pistas para continuarlo.

Me duele cuando los demás me dicen que me ven muy bien y que «¿qué más quiero?, que a todo el mundo le gustaría estar tan bien como yo»... Siento una soledad profunda cuando voy a comentar alguna dificultad de mi salud y noto que me dicen –o me demuestran– que se cansan y no quieren oír hablar de enfermedades. Entonces me callo y me olvido para ellos, para no molestar y dar la imagen que se espera de mí. Pero noto runruneos por mi cabeza que me impiden concentrarme o seguir una conversación, en algunos momentos. A veces se me pone la cabeza pesada, los ojos lacios, me envuelve un fuerte olor a amoníaco y siento un cansancio enorme que me quita las ganas de disfrutar de lo que estoy haciendo y me lanza tullida a la cama. ¡¡¡Esto no es normal, puñeta!!! Yo antes era la dueña de todo mi día, de mis cansancios y de mis horarios, de mi cabeza despejada y de no sé que más.

Me veo como «la mujer encorvada», esa que salió al encuentro de Jesús y automáticamente mejoró. Lo que sí siento es que Dios está más presente en mi vida que antes. Que lo que ocurre no me lo envía Él, pero que juntos vamos a vivirlo mejor y a dejar que lo que pasa pase. Es un tiempo más intenso, más profundo, más sagrado. Unas veces el silencio es nuestra forma de comunicación, otras es la respiración lo que serena mi alma, sintiendo que Dios es el aire que respiro, y en otros momentos el tararear un salmo o una canción, como la de Santa Teresa, es lo que me recuerda que todo esto no debe turbarme.

Se es más libre cuanto más se sabe sufrir, pero yo todavía estoy atada a mis autocompasiones. No soy del todo libre, porque no me siento fuerte, pero Dios me libera de una manera sorprendente. Con Él, ésta es una experiencia más que me ayuda a relativizar, a revisar mis creencias más profundas, a vivir para lo que realmente quiero vivir, a querer más, a decirlo más, a contemplar más, pues he ganado en intensidad vital, me he hecho más contemplativa, más sabia,

más amorosa, más divertida, más mística, más «sexy», más solidaria, más amiga, más terrícola, más abuela y más yo.

Menos mal que el humor endulza mis momentos amargos, que tengo pasión por vivir, independientemente de que me cure o no, y cuento con el poder de mi mente. Pero el amor de Dios que siento me envuelve y me potencia y me habla al corazón en estos momentos especiales, supera esas pequeñas tiranías de mi cuerpo quejoso. Estoy más disponible para encontrarme con Él, y así se me pasan todas las neurras y disfruto de Él, de los demás y de la vida a pleno pulmón. Quizás hasta el ver doble sea toda una ventaja para aumentar mi visión, hacerme más contemplativa y admirar aún más lo que la vida me ofrece.

Dicen que sólo el dolor hace crecer y que hay que enfrentarse a él directamente, porque, si te escabulles o te compadeces, siempre sales perdiendo. Y es verdad que he crecido. Aunque a veces parece como si mi yo enfermo hubiese succionado mi yo esposa, madre, amiga, animadora, espiritual y comunicativa.

Dios anda por ahí

Como todo se pasa, la vida y Dios me van alfombrando el camino, me van sugiriendo cómo debo actuar, me ponen a las personas a las que amar, las situaciones a las que responder, los momentos que vivir y las tareas a las que entregarme. Así vivo tranquila, ilusionada, contenta con la gente, poniendo lo mejor de mí misma en cada encuentro y en cada situación. Siempre sintiendo que Él camina a mi lado, sugiriéndome la mejor manera de vivir.

En cambio, hay otros días en que la confusión se hace la reina de la fiesta. Me proponen una tarea, y tengo que renunciar; vienen a verme mis nietos, y no tengo ganas de jugar con ellos; recibo un mensaje de queja, crítica o rechazo y, al mirar para adentro, sólo siento incapacidad, incomprensión, dolor y soledad... Pero el Señor también anda ahí, calladito, abrazando tan suavemente que me apetece decirle: «Aprieta, envuélveme aún más, ayúdame a pasarlo... ¡que esto es tan difícil...!».

No tengo ni idea de cuándo terminará mi vida; pero bienvenido sea el momento, si me pilla viviendo, como hasta ahora, intentando ser feliz y que otros también lo sean. Dejaré a los míos en herencia mis escritos. Quisiera que pudieran decir: «¡Qué bien lo pasamos

con ella!». Nada más. Y para eso les debo el seguir disfrutando de cada momento y cada cosa que la vida me dé, y de cada encuentro que en ella se produzca. No puedo dejar a la nostalgia que me robe un mínimo de felicidad. Así podré estar atenta a lo que Dios en este momento especial me está susurrando. Sé que Él tiene para mí un sueño de plenitud, y a por ella voy, enferma o sana, rápida o lenta, torpe o lista. Lo más importante es que Él camina conmigo también, o más intensamente aún, en esta etapa de mi vida.

Quiero ser consciente de todo lo que me ocurre, vivir con sabiduría y madurez este momento, escuchar mis adentros, colaborando con la vida en vez de dejarme llevar. Pero no me cumplo sola, sino con tantos otros que han acompañado mi existencia, exprimiendo los momentos, rodeado de vida y de ilusión. Esos que me han querido, los que me quieren, los que acarician mis días, los que me sanan en el correr diario, los que acompañan mi deterioro, los que me dan la mano y son un regalo constante para mí. Así cobra sentido ese sueño común de vivir los unos para los otros, facilitarnos la vida y compartir la salud que trae la enfermedad.

¡Me gustaría tanto agradecer a tantos...! Y llegaré a los brazos del Padre con el corazón lleno de cariñadas que han entretejido mis días y mis noches, mi trabajo y mi juerga, mi risa y mi dolor. «Gracias» será la palabra con la que daré el salto a esa otra vida que ando siempre buscando, de plenitud total. Imagino que allí estará esperándome Dios Padre, acompañado de mi otro padre y de mis mil amigos, y me dará un abrazo que me hará sentir por fin que comienza la verdadera vida, ¡la gran vida!, esa que ando siempre buscando por todos los rincones.

Mientras ocurre todo esto, yo vivo una auténtica tempestad física que me lleva una y otra vez al hospital, a rematar la fragilidad, a aumentar las dudas y a experimentar de nuevo que me cura más la escucha y la ternura del médico que toda la medicina.

Y, repito, voy de nuevo al hospital con «el cerebro en carne viva», que me impide pensar, ver, estar viva... Y tras la atención de mi médico, al que puedo recurrir en cualquier momento, vuelvo a casa sosegada, quizá con un nuevo tratamiento, pero con el mismo dolor y con la misma desvalidez.

Al ver sufrir a los míos, tengo que poner especial cuidado en no dejarme invadir por el sentimiento de culpa, ese que llega sigilosamente y me envuelve, se me enrosca en el alma y me pone triste y melancólica. ¡Cuánto me apena el gesto triste del que me quiere

tanto que no puede soportar verme pachucha...; Me duele el alma al verle! No me gusto nada así, quejosa, molesta, ladrona del humor de los demás. Quizá sea una pequeñez lo que le ocurre a mi cabeza, pero lo que genera alrededor no es pequeño... y duele... duele mucho.

Con todo esto estoy aprendiendo que debería haber «escuelas de enfermos» donde nos enseñaran a vivir estos momentos y a sacar todos los recursos que uno posee en los adentros. ¡Cuánto me gustaría a mí inventar una experiencia de animación o unos grupos de comunicación en los hospitales donde se compartiera lo que cada uno va viviendo en esos momentos sagrados en los que la vida es frenada por la enfermedad! Frenada o dinamizada, porque quizá lo que se ve como un freno exterior es todo un impulso interior que te catapulte hacia lo mejor de ti mismo, que hace brotar la salud del corazón y te invita, aún con el cuerpo en carne viva, a ser un regalo para la humanidad...

Escribo todo esto para mí misma, por impulso de la necesidad, no tanto para contaros mi mundo como para descubrirme, para sanarme, para vivir en plenitud. Escribir me ayuda a escuchar mis adentros, a ordenarlos. A veces me pregunto: ¿Y todo esto... es para mí sola...?

Releo las líneas anteriores y siento cierto pudor por hablar tanto de mí misma. Quizá lo que he escrito brote sólo de mis días optimistas. Tengo algunos otros días en los que me arrugo y me culpabilizo por ser «aguafiestas familiar», ya que lo que me ocurre, a quién más le duele es a quien se despierta junto a mí y, al mirarme a la cara, nota inmediatamente si hoy se nos presenta un día fácil o complicado.

Quizá lo que aquí escribo es más cómo me gustaría vivir que cómo realmente lo vivo. Por eso comparto con vosotros lo que siento y lo que Dios va haciendo con la enfermedad en mi vida, por si a alguien le sirve. Y ya que habéis entrado en mi trastienda, en mis rincones oscuros y en mis agujeros negros, echad un *recillo* por mí y por los míos. ¿Vale?

Desmoronamiento y renovación

Juan HERNÁNDEZ PICO, SJ*

La paradoja de mi vida

Mis últimos seis meses han tenido la apariencia de un carrusel de actividad. En la plataforma de servicios a los pueblos indígenas, donde trabajo, he viajado cuatro veces en automóvil al Ixcán, es decir, 4.500 kilómetros –ida y vuelta desde Santa María Chiquimula– para tocar temas relacionados con la fe y la política y tener un retiro con la gente de la pastoral social. He participado en un curso de «fundamentos de pastoral» para el diplomado de teología de la Universidad «Rafael Landívar» de Quetzaltenango, en las reuniones mensuales del Consejo de las Facultades ahí mismo, y hablando con la Asamblea Diocesana de El Quiché sobre el papel de sacerdotes y personas religiosas en las próximas elecciones. He analizado «Guatemala hoy» en tres artículos publicados en la revista *Envío*, de la Universidad Centroamericana de Managua. Viajé a la capital mensualmente para participar en la reunión de la junta directiva de la Fundación «Myrna Mack», dedicada al reforzamiento del Estado de derecho en memoria de dicha antropóloga, asesinada en 1990. La evangelización en la parroquia de Santa María me ocupó la mitad del tiempo: predicación dominical y diaria, Eucaristías en las aldeas, retiros a jóvenes y preparación de esquemas de formación sobre fe y política. La atención a la vida comunitaria de la residencia «Mateo Ricci» en la misma parroquia llevó su tiempo. Como miembro de la Comisión de Apostolado Social de la Provincia jesuítica de Centroamérica, preparé un artículo crítico, ético-teológico, sobre el Acuerdo para el Libre Comercio en las Américas (ALCA), que presenté en el seminario organizado en Quito por los

* Escritor. Director de la Plataforma de Servicios al Mundo Indígena. Guatemala.

coordinadores del Apostolado Social de la Compañía de Jesús en América Latina. En una reunión de jóvenes jesuitas de la provincia centroamericana, como miembro del Consejo de Formación, presenté una ponencia sobre modernidad, postmodernidad, votos y transparencia. Además, viajé a Panamá para dar en el noviciado un taller sobre la misión de la Compañía. En suma, es difícil calificar esta vida como pasiva.

Paradójicamente, encabezo este artículo con una evocación de Pablo (2 Cor 4,16) que encierra una experiencia humana que me ha venido golpeando. Pienso en mi muerte con mayor cercanía. No con esclavitud obsesiva, pero tampoco sin respeto. La palabra «nostalgia» definiría más mis sentimientos. Nostalgia de mi juventud, audaz e inventiva. Nostalgia también de que la juventud de mis compañeros más jóvenes arda sin quemarse y consumirse. En una reunión con jóvenes jesuitas, me sorprendí soñando despierto con que los iba a ver desarrollándose en sus vidas y resolviendo sus propias ecuaciones con más o menos acierto. Con esperanza de que lo iban a hacer mejor de lo que mi generación lo ha hecho. Péguy escribió que «no se viviría si no fuera por los hijos». Y esto es verdad paradójica también de nosotros, los célibes. Al menos, una de mis verdades.

Convivir con la debilidad

¿Qué significa que «nuestro hombre exterior se desmorona»? De alguna manera, significa acostumbrarme a la enfermedad. Entre la gente que me conoce, mi memoria ha sido proverbial. Cuando viajo ahora, a pesar de todo el esfuerzo que pongo, siempre olvido algo, desde un libro para hojear hasta –una vez– el indispensable pasaporte. Una experiencia humillante. A veces, para convertirla en humor, recuerdo lo que le gustaba decir a Ignacio Ellacuría: «a mayor memoria, menor inteligencia».

Enfermedad quiere decir debilidad. Mi vista no es la de antes. No puedo ya leer el periódico en la peluquería. Temo que al adelantarse a un carro el resplandor me haya cegado y se me venga encima otro. He vivido ya un accidente impresionante. Despegué de la carretera, como si de un avión se tratara, hasta una pequeña hondonada ocho metros más abajo. Cuando volaba, únicamente pensé: «éste es el final». Sólo me quebré alguna costilla. Hoy viajo más

que entonces, y un compañero dice que la carretera, no la enfermedad, es nuestro mayor peligro. Sea como fuere, ahí están mis incipientes cataratas. Está la sumisión periódica al tríptico de exámenes sobre la próstata, incluido el más temido por nosotros, varones rampantes. Y para prevenir un accidente vascular está también la dieta, que te priva del arte y del gusto variado de la cocina. Cuando celebro en las comunidades indígenas de la parroquia donde vivo, siempre aviso que no preparen nada, porque «el padre está enfermo del estómago». Así se esfuma la imaginación de los frijolitos que saben cocinar tan rico. Es mejor prevenir la gripe, porque, de lo contrario, hay que prepararse para una miseria de quince o veinte días.

Estas debilidades de hoy tienen un precedente. Ninguna se puede comparar con los momentos en que me atacaron la euforia y la depresión, lo que llaman hoy en psiquiatría «la enfermedad bipolar». Al comenzar mi vida apostólica en 1971; al salir de un intenso trabajo y un intenso conflicto dentro de la Compañía de Jesús de Centroamérica en 1974; alrededor de mis cincuenta años, en 1986; después de la muerte de mi mejor amigo, el jesuita César Jerez, entre 1992 y 93; y, finalmente, después del suicidio en 1998 de un joven jesuita a quien había acompañado de cerca. En estas cinco ocasiones, los periodos de enfermedad y de impedimento para mi trabajo oscilaron entre seis meses y un mes y medio. No son fácilmente descriptibles¹ los niveles de angustia por los que pasé. Un apunte de 1992 puede dar una idea:

«Te expreso..., ya llorando, la tristeza que tengo por ver mi vida recortada, por sentir este dolor de vida en tono bajo, por la duda que tengo de si voy a ser útil... Clamo a ti con un “¿por qué, Señor, por qué?”, llorando, y te digo que “no entiendo nada”, no entiendo la muerte de César, no entiendo este momento mío de muerte, no entiendo la muerte y el fracaso de los pobres. No entiendo, Padre-Madre, la incertidumbre sobre mi futuro... Señor, te digo llorando que todo mi ser es un grito, un clamor de vida desde el dolor».

1. Dudé bastante si mencionar o no todas estas «enfermedades», pues a veces me parecía falta de gusto, y otras veces narcisismo. Si me decidí a hacerlo, es porque los Evangelios están llenos del contacto de Jesús con la enfermedad y el dolor humanos, y eso en forma cruda y sin concesiones al gusto, y sí como clamores de fe.

Muchas veces he pensado que el Salmo 69 está escrito desde una experiencia de depresión: «Me has puesto en un cenagal profundo, y mis pies no encuentran apoyo»². Ha sido una espina en mi vida. Muchas veces pedí que desapareciera de ella. Pero ha sido eso lo que le ha dado a mi vida una base real, incommovible, para vivir con humildad y paciencia. Por otro lado, siempre ha habido en mi vida gente anclada en la verdad y que me ha acompañado incondicionalmente. Gente que confió en mí y que me hizo volver sobre mí mismo. Por ejemplo, un superior provincial que me dijo: «haz un recuento de tus tiempos de enfermo y compáralos con los de tu vida en plena salud, y luego háblame». Hecho el recuento, la conclusión se imponía: en mi vida había alrededor de un 3% de tiempos oscuros. Yo podía vivir con esta conclusión, aunque su verdadera dureza fuera su imprevisibilidad. Y una dureza aún más profundamente verdadera estaba en la anticipación de la muerte que representaban. Todo lo contrario de la negación de la muerte en la cultura moderna.

La muerte y su victoria pírrica

La presencia de mi muerte es hoy más densa. «Nuestro hombre exterior se desmorona». Y frente a esto, mi lucha por la vida es más intensa. No con angustia. No es ésta mi realidad durante los últimos cinco años. Y tampoco es que quiera revivir el mito fáustico de la eterna juventud. Creo más firmemente en el Dios de la vida. Dios es «amigo de la vida» (Sab 11,26). Jesús vino «para que tengan vida, y vida en abundancia» (Jn 10,10). Creo que Dios lucha conmigo por la vida contra todo el peso de mi finitud y contra toda la carga de la maldad, sobre todo de la maldad que «oprime la verdad con la injusticia» (Rm 1,18) y trata así de liquidar las esperanzas de los pobres. Creo que nada me podrá separar del amor, que late en la entraña más honda y firme de la vida.

Me acuerdo de un jesuita ya en sus noventa. Había venido a la enfermería para retirarse y morir. Lo acompañé en sus últimos días. Tenía un enfisema que lo mantenía al borde de la asfixia, matándolo lentamente. Transparentaba una indecible angustia. Un día le dije: «Ustedes nos enseñaron a afrontar la muerte confiadamente.

2. Sólo la traducción que la Vulgata hace del original hebreo extrema la angustia del que se lamenta en el salmo, atribuyendo su desgracia a Dios mismo: *posuisti me in limo profundo et non est substantia*.

Ustedes nos repetían aquello de *cupio dissolvi et esse cum Christo*» (se lo dije en latín, porque había sido un gran predicador, de esos que empezaban su sermón con un texto de la Vulgata). El texto significa: «deseo morir y estar con Cristo» (Flp 1,23). Aquel anciano moribundo me respondió entrecortadamente: «una cosa es predicarlo, y otra cumplirlo». Luego me dijo que le costaba que se le prolongara tanto la agonía. Me he encontrado hoy orando con este texto de Pablo no pocas veces. No puedo prever cómo lo oraré en mi muerte, si es que mi acceso a la muerte es consciente. Pero sí agradezco que ahora lo pueda orar con confianza y verdadero deseo, mientras lucho con toda mi alma por la vida. He vivido tan hondamente el dolor de ver morir prematuramente, por asesinato o por desgaste brutal, a tantas amigas y amigos, que no puedo menos de compartir aquella experiencia en clave de promesa de Isaías (25,8) y Pablo (1 Cor 15,26): «el Señor aniquilará la muerte para siempre», y «el último enemigo en ser destruido será la muerte». La muerte es enemigo de la condición humana, cuyo núcleo es el amor, un amor que clama por que la amada o el amado y los amores todos no mueran nunca, «porque es fuerte el amor como la muerte» (Cant 8,6). Sin embargo, la muerte es, ahora más que antes, una compañera de vida, y sé que obtendrá de mí un triunfo parcial, pero triunfo al fin. Sólo puedo desde ahora convertir su triunfo en victoria pírrica haciendo de mi lucha por la vida, la mía y la de mis amigos y la de los pobres y dolientes, «un sacrificio vivo..., mi culto espiritual», como lo sugería Pablo (Rm 12,1).

Humor, constancia y juventud

«Nuestro hombre interior se renueva cada día». Hoy experimento también con verdad esta segunda afirmación de Pablo. La experimento porque mi desmoronamiento no se ha agravado todavía y no está llegando aún a su fin, en forma, por ejemplo, de una brutal sordera o ceguera, de un cáncer terminal, de un Parkinson o un Alzheimer, o en forma de una parálisis tetraplégica, consecuencia de un accidente en la carretera. Somos espíritus encarnados, y, una vez dado el desmoronamiento casi total de la carne, es muy difícil o muy misteriosa la renovación del espíritu en esta fase mortal de nuestra existencia. Es el misterio de aquel «completar... lo que falta a los sufrimientos de Cristo» (Col 1, 24). Por ahora, en la penum-

bra de la vida, en ese largo anochecer que es la tercera edad, «nuestro hombre interior se renueva cada día».

¿Qué significa esto? Para mí significa humor, una de las caras más reales y expresivas del amor. En otros tiempos, la seriedad fue mi característica más saliente. Mi seriedad fue siempre un poco pelagiana, conciencia de fuerza propia. Un voluntarismo semiheroico. Mi seriedad tuvo un sinónimo práctico en mi intensidad. Me devolvía a una infancia entre gente adulta, con los encargos propios de la vida adulta desempeñados con la ansiedad de quien era niño todavía. Mi seriedad estaba envuelta en competencia con otros en el cariño, en las habilidades, en los estudios, en las recompensas, y en las aspiraciones. Apuntaba muchas veces a una carencia de juego. Naturalmente, todas las actitudes fundamentales están llenas de ambigüedad. Mi seriedad era también capacidad de compromiso, de dedicación y de esfuerzo. Mi seriedad era rigor, es decir, insatisfacción por quedarme en la superficie de la vida. Pero en este momento me interesan más los otros aspectos que me brotaron en cascada. Todos ellos inhibían o bloqueaban el humor. Ahora, en cambio, después de tanta experiencia de decepción y fracaso, de amor y de dolor, se me ha hecho posible la sonrisa. El humor que me permite reírme de mí mismo, no con ironía ni sarcasmo; no con crueldad, en una palabra, sino con reconocimiento y aceptación, con auténtica diversión y también con compasión, es decir, con humanidad. El humor, como es amor, no me despoja de la pasión. Lo que antes era rigor, ahora es sobre todo pasión. Así pues, mirarme en el espejo de la propia vida sin embelesarme narcisísticamente, sino más bien sonriendo con humor, eso es una parte de cómo mi hombre interior se renueva cada día. Se parece un poco al modo en que Jesús Resucitado pregunta a sus discípulos, que han pasado una noche en blanco y sin pescar, si tienen algo de pescado. Ellos, sin pizca de humor, responden con un seco «no» (Jn 21,5). Se parece también al modo en que por tres veces pregunta si le ama a Pedro, que por tres veces había negado conocerlo. Y Pedro, sin pizca de esa compasión por uno mismo que el humor permite, se entristece (Jn 21,15-17). A Pedro le costó sentir que el humor es uno de los rostros más verdaderos del amor.

Que «nuestro hombre interior se renueva cada día» significa para mí también constancia. Constancia no es lo mismo que aquella intensidad pelagiana de la que hablé antes y que, al verla reflejada en barbaridades como trabajar durante 24 horas sin dormir, hizo que

un compañero me llamara «¡estúpido!» con toda la fruición de que fue capaz. Constancia no tiene nada que ver tampoco con insistencia necia, de la cual todavía tengo mucho capital acumulado. Constancia tiene que ver con fidelidad. Y mi fidelidad se ha ido forjando a través del dolor, de la duda, de la decepción, del fracaso e incluso de la desesperanza. Constancia es también perseverancia probada. Esto no tiene nada que ver con una arrogancia de haber salido ileso de la prueba. Ahí estaría otra vez aquel pelagianismo. Mis cicatrices, testimonio fehaciente de muchas heridas, son patentes. La prueba me ha dejado llagado muchas veces. Y haberme mantenido constante en la prueba es algo gratuito, que ni vino genéticamente, ni lo adquirí por socialización, ni lo compré en el mercado, ni fue el resultado de un riguroso entrenamiento. Mi constancia fue un don; el reconocimiento, más profundo que nunca, del rostro amado; la participación con otra gente en el pan partido y compartido. Esto lo viví, por ejemplo, con mi amigo más cercano, César Jerez, quien, siendo provincial de la Compañía de Jesús en momentos de mucho conflicto y prueba bien dolorosa, terminaba sus cartas «partiendo el pan de nuestra esperanza». La constancia me reveló un secreto de sencilla apariencia: en la vida no importa sólo comenzar; es preciso durar. Esta constancia tiene su paradigma también en el modo en que Jesús Resucitado muestra a Tomás, el incrédulo, las llagas de sus manos y la herida de su costado (Jn 20,27), el testimonio de que, frente a toda tentación de bajar de la cruz o de no subir a ella, es decir, de no hacer cosas que lo lleven a uno a ser clavado en la cruz por los poderes de este mundo injusto, vale la pena mantenerse fiel y «esperar lo que no vemos», es decir, el avance del Reino de Dios, incluso en esta tierra, «con constancia» (Rm 8,25).

Que «nuestro hombre interior se renueva cada día» significa para mí «juventud». No quiero extremar las paradojas. No me extrañará si hay gente que, sabiendo que tengo 67 años, se burle y me diga a estas alturas, como me diría un mexicano: «no seas abusado», es decir «ya no te pases». Pero me parece preciso sostenerlo: sin juventud, en mi tercera edad, no iría muy lejos. A pesar de que alguna juventud de hoy no hable tanto de teología de la liberación ni de revolución; a pesar de que no se entusiasme como me entusiasmo yo con la justicia; a pesar de que dude de la opción por los pobres; a pesar de que no le interese la política; a pesar de que no sienta atracción por el trabajo intelectual; a pesar de que no le muevan los compromisos definitivos; a pesar de muchos otros pesares,

que –¿para qué negarlo?– me dan algún pesar, ha sido importante escuchar a la juventud de hoy, acercarme a ella, movido por el ejemplo de cómo se acercó a la nuestra Pedro Arrupe, y compartir la vida con ella, gozar con sus alegrías y llorar con sus sufrimientos, descubrir sus valores, dejarme tocar por sus dudas e interrogantes y, en una palabra, convivir en espíritu de compañerismo y no con el síndrome de abuelo supermaduro y regañón. ¿Dónde queda, entonces, mi presunta sabiduría? Se sostiene por la vida que he vivido, por las luchas que he luchado y los fracasos aguantados, por los gozos que me han alegrado, por los sufrimientos que me han traspasado y por los valores que he mantenido. No se sostiene por algo que, de tan manido, hasta me da pena mencionarlo: no se sostiene ni porque mis tiempos fueron mejores o más auténticos, ni porque sé más por viejo que por diablo. Hace 29 años que la Compañía de Jesús me encomendó un trabajo en la formación de los jesuitas más jóvenes que yo, y, desde entonces, sólo durante un año no he tenido algún trabajo con mis compañeros jesuitas más jóvenes. Para mí ha sido el rompecabezas más interesante de toda mi vida. No niego que, al ver qué imagen iba emergiendo cuando trataba de juntar con ellos las piezas, no pocas veces me brotaba la cólera, me asaltaba la perplejidad y me acechaba el desdén. Pero todo ello era parte de una gran tentación: verter «vino nuevo en odres viejos» (Mc 2,22). Una buena manera de caer en esta tentación fue declararme prácticamente propietario privado del legado de los héroes y mártires de nuestro tiempo. Y otra, intentar con obcecación que instituciones ya viejas contuvieran el fuego siempre nuevo que me inspiró. El espíritu joven del que estoy hablando se parece un poco al de Jesús Resucitado frente a la decepción de los discípulos que se apartaban de Jerusalén hacia Emaús: «¡Qué necios y torpes para creer cuanto dijeron los profetas! ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?» (Lc 24,25-26). En lo viejo vivido y aceptado tradicionalmente había, pues, una profecía que lo superaba. No se negaba lo viejo, sino el negarse a su superación imprevisible. Por eso, la imagen que más me gusta de ese misterio inimaginable que es la Trinidad, es el icono que la representa como tres jóvenes (innovando el cuadro literario de aquellos tres hombres que visitaron a Abraham: Gn 18,1-2); los tres poseen idéntico rostro y estatura, aunque sus posturas y sus vestidos son diferentes. Están sentados alrededor de una mesa con una copa de vino, pero en sus manos tienen un bastón para caminar con la humanidad. Es la imagen de

Dios, inabarcable, imprevisible, inmanipulable, eternamente joven, que «hace nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Y en la vejez también hace nuevo «mi hombre interior», a pesar de la dificultad que tengo para abrirme a la novedad de Dios en la historia y en las personas.

No sólo por los pobres; por suerte o gracia, también con los pobres

Nací en Bilbao en 1936, antes de una de las más horribles guerras civiles en la historia. Entré en la Compañía de Jesús en 1953, casi sin tiempo para estrenar mi juventud. En el noviciado, un jesuita salvadoreño recién muerto me fascinó con una historia de países centroamericanos en los que cada sacerdote tenía que atender a más de veinte mil personas. Pedí ser enviado a Centroamérica. Por una enfermedad de mi papá, me costó insistir cuatro años hasta lograrlo. Y cuando me enviaron, murió mi papá el mismo día y esperé otros tres años por respeto al dolor de mi mamá. Con 24 años, en 1960, empecé a trabajar tres años en nuestro colegio de Panamá. Al llegar, me marcó una pobreza que no había conocido antes. Así se me fue dando la vocación para la lucha por la justicia desde la fe. La amistad con César Jerez y su familia me hicieron guatemalteco. Me nacionalicé en 1974. Cuando uno se desarraiga, tiene que intentar echar raíces en otro lado; es demasiado el riesgo de quedarse en una tierra de nadie. Me enamoré de la teología en Alemania, pero me mandaron a estudiar sociología a los Estados Unidos, y mi trabajo tuvo que ser en la frontera de la teología y las ciencias sociales.

Desde que fui a Panamá, han pasado 43 años. Este mundo, que alguna vez llamamos «Tercer Mundo» y que hoy tiene franjas de «Primer Mundo» y una gran mayoría de «Cuarto Mundo» excluido, tiene una peculiaridad entre otras muchas: la jubilación es para poca gente, y los que la pueden gozar lo hacen para entrar en otra clase de trabajo. Entre los trabajadores religiosos, es raro que alguien decida jubilarse. Sobra el trabajo, faltan brazos, mentes y corazones, y es aguda la necesidad. Incluso hoy, cuando ya no son tan extrañas las personas que son agnósticas o no creen en Dios, o que, creyendo, no quieren tener nada que ver con las iglesias. Es bastante común entre nosotros tener compañeros de 80 años o más, que trabajan aún en puestos de responsabilidad, en trabajos intelectuales, parroquiales o administrativos. No andamos con botas y a caba-

llo, como los que nos precedieron en los años cuarenta del siglo pasado, pero sí es normal que muramos «con las botas puestas». Evidentemente, esto nos aleja de gozar un ocio creativo, como dicen que pasa en los países del Norte o en Japón. ¿Es esto bueno o malo, mejor o peor? Simplemente, es. Pero no nos hace sintonizar con el tema de la pasividad, entendida como cese del trabajo remunerado en un empleo activo. Claro que la vida no deja de pasar, y ya me he referido a los modos en que cobra su cuota de desmoronamiento y entrega su bono de renovación.

Mis diversos trabajos como jesuita se orientaron a la lucha por la justicia. Me tocó co-fundar el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) de la provincia centroamericana. Apoyar críticamente el proceso revolucionario nicaragüense y también vivir con impotencia su fracaso e incluso la corrupción de no pocos de sus más destacados líderes. Enseñar en nuestras universidades y participar en un Instituto Centroamericano de Espiritualidad. Escribir bastante... Los pobres estuvieron siempre en mi corazón: fui amigo de algunos de ellos y testigo de la muerte de otros por su causa, «la causa de los pobres», que, según el documento de Puebla (1979), es «la causa misma de Cristo». Me tocó –y me toca– analizar y reflexionar las condiciones materiales y espirituales para la esperanza de los pobres y dar razón de nuestra esperanza cristiana (1 Pe 3,15) en la lucha por contribuir a que la esperanza misma de los pobres no perezca (Sal 9,19). Una cierta suerte y gracia de mi vida actual es vivir más cerca de los pobres, de los mayas de Guatemala, pobres y discriminados. Sigo teniendo otros trabajos, algunos de ellos «por» los pobres, pero hay una gratitud especial en mi vida porque en esta etapa puedo caminar «paciente y humildemente con los pobres (y aprender) en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos... (y así) mediante un servicio humilde (tener) la oportunidad de llevarles a descubrir, en el corazón de sus dificultades y de sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu... (Y poder) así hablarles de Dios Nuestro padre, que se reconcilia la Humanidad, estableciéndola en la comunión de una fraternidad verdadera». Este texto clarividente de la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús (Decr. 4, n. 50), es hoy, gratuitamente, alimento renovador de mi vida. Tal vez no sea el último. Eso no me preocupa. El futuro es siempre joven. Como decía mi amigo César Jerez, «yo no pienso en el futuro, confío en él, porque el futuro es de Dios».

Por supuesto que he cambiado.

Jesuita y Teólogo: mi persona y mi actividad.

Luis G. DEL VALLE, SJ

- 1) Jesuita, mi persona: entre la ley y la libertad. De la amistad sólo con Jesucristo a la amistad con muchos más. De la vida de Dios como gracia sobreañadida a la naturaleza, a la vida humana como la vida divina comunicada al humano.
- 2) Teólogo, mi actividad: rupturas y continuidades. La teología escolástica y la –llamémosle así– rahneriana. Antes y después del Concilio Vaticano II. Antes y después de Medellín. Nuevos sujetos de la teología.
- 3) Algunas reflexiones sobre caridad en la pasividad, paternidad-filiación, temor y obediencia a Dios.

1

Mi formación como jesuita sucedió en los tiempos anteriores al Concilio Vaticano II. Y me toca empezar mi actividad como profesor de teología en abril de 1963, entre la primera y la segunda sesión del Concilio.

Mirando hacia atrás, encuentro que fui formado en dos vertientes por lo menos divergentes, y en ciertos momentos opuestas.

Entré en el Noviciado con toda la buena voluntad de quien quiere incorporarse a la Compañía de Jesús y dejarse moldear por ella. Y me encontré en una estructura de vida en la que todo estaba definido. Muy claras las relaciones de autoridad, y la vida toda organi-

* Jesuita. Profesor de Teología. Director del Centro de Reflexión Teológica. México.

zada en todos sus tiempos cada día y a través de las actividades que se iban desarrollando.

Se nos decía, y lo vivíamos con toda naturalidad, que estábamos en la vida religiosa para cumplir la voluntad de Dios, y que eso lo realizábamos continuamente, dado que cumplíamos en todo momento con lo que él quería, manifestado en las Constituciones, ordenaciones de los Padres generales, orientaciones del Provincial, órdenes del Maestro de Novicios (luego del Rector de la casa), expresadas muy concretamente en el reglamento del Noviciado, en las costumbres escritas y recibidas por tradición... Sabíamos en todo momento –¡qué maravilla!– qué era lo que quería Dios que hiciéramos. Ni la menor duda. Y parecía que eso iba a durar toda la vida. No siempre sería fácil: podríamos fallar; pero siempre estaba claro lo que debíamos hacer. Y el ser fiel así y cumplidor en todo momento y por toda la vida era heroico, propio de los santos. Precisamente San Juan Berchmans fue canonizado como quien no hizo nada más que cumplir fielmente con todo lo de la vida ordinaria. Se nos citaba una máxima de él: *Mea maxima poenitentia, vita communis* («Mi mayor penitencia, la vida común»); y se nos insistía: *age quod agis* («Esmérate en cumplir con lo que estás haciendo»).

Aunque el deseo de hacerme jesuita se había alimentado con las realizaciones de jesuitas misioneros en «lejanos países» (leí una colección de libros titulada «Desde lejanas tierras»), en el tiempo del noviciado y de la formación no debíamos pensar en el futuro, en lo que haríamos o seríamos al terminar la formación. Eso ya vendría: los superiores nos mandarían a nuestros trabajos apostólicos para los que, por el momento, nos preparábamos. No había ninguna necesidad ni utilidad en que tuviéramos contacto con lo que sucedía en el mundo en general. Hasta nos estorbaría, porque nos distraería de nuestra importante tarea de prepararnos para el futuro. Cada etapa tenía su finalidad precisa y sus actividades apropiadas. Saldríamos de las varias etapas como jesuitas sólidamente arraigados en la espiritualidad ignaciana, formados en el contacto en su lengua con los grandes humanistas greco-latinos, con buen manejo de la lengua castellana, conocimientos de otras lenguas y capacidad retórica para convencer a los auditorios, con dominio de la «filosofía perenne» y, por tanto, muy bien formados en lo intelectual, y con más cualidades que adquiriríamos luego como maestros en alguno de nuestros colegios; y todo ello coronado por la teología: conocimiento de la Doctrina de la Iglesia desde las fuentes de la revelación.

Éste era el plan desde el principio para la formación y, con sus adaptaciones, para la vida apostólica de después. No lo viví así siempre. Al principio sí, por la aceptación incondicional de lo que se nos dijera y enseñara; después de un tiempo –unos años–, funcionó la otra vertiente de formación, divergente y en momentos opuesta.

También nos dieron los Ejercicios de San Ignacio. Nos «daban» los ejercicios, pero poco a poco los fui haciendo yo mismo, conforme fui superando la actitud de sólo aceptar y asimilar las pláticas que nos proponían como «puntos de meditación». Y también el ir entrando yo mismo en el texto y el sentido de los Ejercicios, con la ayuda de quienes habían ido de nuevo a su fuente en las cartas de San Ignacio y los primeros comentarios. Y así descubrí que los Ejercicios son la preparación para recibir de Dios el don de su libertad. Jesucristo vino a hacernos libres: eso es lo que Dios nos comunica al crearnos y lo que nos cuesta trabajo asumir, o no queremos vivir. Y los Ejercicios son una pedagogía para que vayamos queriendo y, de hecho, queramos aceptar en nosotros el don de la libertad de Dios. Un «nosotros» percibido primero, quizá, como simple plural: en cada uno de nosotros; y luego como verdadero colectivo, como un nosotros-pueblo de Dios.

Dentro de mí chocaban las dos dinámicas: la de encontrar la voluntad de Dios en las leyes, reglamentos, costumbres e indicaciones concretas y la de ir descubriendo mi libertad en la de Dios. Ir participando de la libertad de Dios; ir haciendo mía la libertad de Dios como regalo suyo. Y esto en el mundo real en que vivimos como individuos y como sujetos colectivos. No alejado de ese mundo hasta que me tocara recibir el envío hacía él, cuando ya estuviera preparado para afrontar cualquier reto de la realidad al terminar la larga formación.

Desde luego, no fue un proceso corto ni que haya comenzado muy pronto. Y aun después de comenzado y de que se fuera realizando dentro de mí, tomé conciencia de él poco a poco, primero confusamente y luego con claridad.

Un artículo del P. Stanislas Lyonnet, «Libertad cristiana y ley del Espíritu», publicado en el primer número de la revista francesa de espiritualidad *Christus*, me dio la expresión de lo que yo ya había llegado a sentir, saber y persuadirme: Cristo vino a liberarnos de la ley. ¿De qué ley? Lyonnet responde que se ha dicho que de la ley judía, pero hace ver que de toda ley. Que la ley de Dios no es

propiamente ley. Y el papel de la ley es el de «pedagogo», el esclavo encargado de educar a los niños hacia la adolescencia y edad adulta. La ley nos prepara y conduce hacia la libertad de los hijos de Dios.

Lo digo muy rápidamente, pero esa lectura armó dentro de mí lo que yo había ido sintiendo y viviendo desde hacía tiempo sin formulármelo con toda claridad.

Fue una desmitificación de la autoridad para ponerla en su lugar. Poco después, el Concilio Vaticano II nos haría ver que llegamos a conocer la voluntad de Dios de muchos modos, y no sólo por medio de la autoridad. Conocemos los designios de Dios escrutando los signos de los tiempos.

Y ahora las dos dinámicas siguen existiendo en la Compañía ya formada. Oposición frontal algunas veces. Y oposiciones no frontales, pues también fuimos aprendiendo que las leyes tienen límites; que las hay meramente penales; que la *epiqueya* es la virtud por la que se atiende en las leyes a su espíritu más que a su letra; que las leyes pueden dejar de serlo; que ningún legislador puede prever todo el ámbito sobre el que legisla; etc.

Mirando la historia de la Orden, encuentro que las dos dinámicas han estado en ella de diversas maneras por épocas y lugares. La impresión más general es que los jesuitas han sido los sacerdotes o religiosos como deben ser, que cumplen muy bien su papel. Y también los que han abierto caminos y roto moldes. Figuras institucionales y figuras carismáticas. Grupos institucionales y grupos carismáticos.

Puedo decir de mí que se dio el proceso de comenzar en la obediencia natural y sencillamente vivida en un ambiente separado del mundo y poco problematizado para, poco a poco, después de un tiempo, ir haciéndome dueño de mí mismo; el proceso de buscar a Dios mirando sólo hacia arriba en el campo de la autoridad, a irme integrando a mi alrededor con los compañeros, amistades, entorno social, para ir encontrando a Dios y sus designios allí también. Proceso tensionante y liberador. La introyección de toda autoridad como norma última del actuar me habría dejado niño toda la vida si no hubiera sido cuestionada por la irrupción del don de la libertad de Dios en la libertad mía y de todos y cada uno de los humanos, hijos de Dios. Hay momentos en que la libertad deslumbra tanto que quisiera uno que no existiera la ley, ninguna ley, y quedarnos en la anarquía. Pero la libertad es también responsabilidad. Me atrevo

a glosar la famosa frase de Agustín, «Ama, y haz lo que quieras», diciendo: «Sé libre y haz lo que quieras». Y no es glosa, sino equivalencia, en cuanto que el don de Dios es Dios mismo, y Dios es amor gratuito y libre.

Se dieron en mí otros dos procesos que enuncio rápidamente.

De vivir sin amistades a gozar de la amistad de muchas personas, jesuitas y no jesuitas, mujeres y varones, grandes y chicos. Lo cual ha sido una fuente de grandes gozos, y también tristezas por compartir los dolores de otros y por las despedidas cuando hay separaciones físicas o cuando han muerto. En los años cuarenta se nos decía que, como religiosos jesuitas, éramos hermanos, pero no amigos. Que cuidáramos nuestros afectos, para entregar todo nuestro amor a Jesucristo, sin mermarlo dando parte de nuestro corazón a otros amores *terrenos*. Pero con el tiempo descubrí que el amor no es una cantidad que disminuye cuando se da. Y que la llamada de Dios es a amar como él ama, en gratuidad y libertad y sin límites, en cuanto nos es posible.

De saberme creatura a la que luego Dios quiso regalarle el don de su gracia sobrenatural, a saberme hijo de Dios por el mismo hecho de ser creatura humana.

Una vez me sentí muy lúcido explicando cómo es eso de que la vida verdadera es la vida sobrenatural, frente a la cual la vida natural no vale nada: «La vida sobrenatural es la que procuramos y aumentamos, o disminuimos y hasta perdemos, con los actos meritorios o no meritorios (pecados) que realizamos bajo la guía y el control de la fe. Y para eso tenemos la vida natural, para hacer méritos; y por lo que la fe nos dice nos conectamos con el mundo sobrenatural. Podremos tener muchas virtudes naturales, pero no valen absolutamente nada en el mundo sobrenatural, como una superficie que vale cero en un mundo de tres dimensiones. Podemos ver un cuadro que represente, por ejemplo, un paisaje con muchas profundidades. Pero, por más que lo parezca, en la realidad es cero de profundidad. Parecerá maravilloso, pero no es nada. Así, una gran filantropía que nos hace mostrarnos bondadosos con los demás, si por la fe no la convertimos en *caridad fraterna*, no vale absolutamente nada». Hasta aquí mi lúcida explicación de cómo vivíamos al principio la relación con lo sobrenatural.

Pero el Evangelio nos dice que, si hacemos el bien al prójimo (dando de comer al hambriento, visitando al preso...), seremos de Jesús el Señor sin necesidad de tener en la conciencia que lo esta-

mos haciendo por él. Ahora puedo referirme al pasaje de la descripción del juicio final (Mateo 25,34ss) y expresar con él que vivimos la vida divina comunicada gratuitamente por Él al crearnos. Nuestra vida es amar.

Este proceso, de crearme que vivía en la dualidad del plano natural y del sobrenatural, a reconocermme como hijo de Dios, participante de su vida desde el mismo comienzo y origen humanos, se dió en mí como persona, pero fue también un proceso de mi teología. Y aprovecho esto para pasar a hablar de mí como teólogo, de mi actividad.

2

Cursé la teología durante los años 1955–1958. Los textos de teología publicados en la BAC por profesores Jesuitas eran la guía de nuestro currículo. Nuestros profesores no eran meros repetidores de esos textos, pero fundamentalmente eran de la misma formación y tendencia. Fielmente escolásticos. Muy pocos de nosotros entendíamos alemán, pero circulaban ya traducciones de escritos de Karl Rahner, y accedíamos a traducciones al francés; también leíamos a autores franceses y belgas, pues sí leíamos francés. Esto nos abría la mente a otra teología, a otro método además del estrictamente escolástico; a examinar las cuestiones sin haberlas prejuzgado ya en la misma definición de los términos. Se me fue haciendo claro que el método escolástico es un método de exposición y no de investigación. Y nuestro estudio no debía ser siguiendo el método de exposición, si queríamos investigar y aprender por nuestra cuenta y no sólo repetir lo de las clases o lo de los libros de texto.

Se nos abrían nuevos panoramas, además de las propuestas de nuestro teologado en el método y también en un planteamiento básico: el tratamiento de las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural. Se dan estas relaciones desde la unidad entre el orden de la creación con el orden de la salvación-redención. Y el mismo lenguaje cambiaba. Se iban dejando esos términos de «natural» y «sobrenatural», para hablar más bien de la «vida divina» en estas humanas creaturas, individuos y colectivos. Esta corriente, que recibió el nombre de «*nouvelle théologie*», suscitó sospechas y llamadas de atención, por el temor de que estuviera negando la gratuidad del don de Dios. La encíclica *Humani Generis* puntualizó que no se

puede afirmar que Dios no pueda crear seres inteligentes sin que les comunique su misma vida.

Varios de los teólogos de esa corriente fueron llamados por obispos como sus asesores teológicos en el Concilio Vaticano II. Y su pensamiento, fundamentado en las fuentes de la revelación y en la tradición primera de la Iglesia, está en el trasfondo de los documentos del Concilio.

Después de la licenciatura en teología vino el doctorado en la Universidad Gregoriana de Roma. Tenía ya la misión de ser profesor en el mismo teologado de México donde había hecho la licenciatura. Yo concebía esa mi futura tarea con la formulación «predicar el Evangelio como profesor de Teología». Me quedaba claro que la ciencia teológica está al servicio de la fe. Lo primero no es la ciencia y la erudición, sino la fe vivida y comunicada.

Regresé a México y comencé mi labor de enseñanza el 22 de abril de 1963, después de haber tenido la fortuna de estar en Roma durante la primera sesión del Vaticano II.

Tiempos de grandes cambios. Teníamos el reto de reformar la enseñanza de la teología para responder a los signos de los tiempos. Así, busqué junto con otros enseñar con métodos activos a los alumnos. Que aprendieran teología haciéndola. Fui cambiando, de ser catedrático, a ser coordinador de talleres de producción. Como catedrático preparaba lo mejor posible los temas que iba exponiendo durante la mayor parte del tiempo, con unos minutos para resolver dudas. Como coordinador de taller, les señalo a los alumnos una carga de lectura apropiada al tema del día y les pido que presenten sus preguntas y comentarios, y sobre eso conversamos y discutimos. En momentos explico supuestos o malos entendidos si la conversación-discusión lo postula, o doy información si veo que les falta. Es un taller de producción en el que cada uno aporta lo suyo. El profesor trae, además de sus inquietudes, lo que sabe y su experiencia acumulada. Taller de producción y aprendizaje de teología, de ciencia al servicio de la fe.

Nuestro cambio fue no sólo pedagógico, sino también epistemológico. Los alumnos deberían trabajar pastoralmente para comunicar su experiencia de fe y la teología que la expresa, la hace comunicable, y también para alimentarse de la fe del pueblo. Fue una opción epistemológica, en el sentido de poner en práctica que las realidades se conocen cuando uno trabaja en ellas y de alguna manera las transforma.

La reunión episcopal latinoamericana de Medellín (1968) impactó nuestra enseñanza. La opción por los pobres configuró también nuestro teologizar. No sólo como un contenido que estudiar, sino sobre todo el impulso a considerar la vida toda desde la óptica de los pobres.

Después de los ajustes según esas tres opciones –pedagógica, epistemológica y por los pobres– vinieron varios años en que se consolidó esa forma de cultivar y comunicar la teología en las clases, seminarios, encuentros, escritos.

Y la teología en relación con el pueblo, con los grupos más en la base, pretendía también que fuera según esas opciones. La teología y la vida de las iglesias se entrelazaron. Se empezó a dar un proceso del que no se cayó en la cuenta al principio: los teólogos se hicieron pueblo, y el pueblo se hizo teólogo. O matizando: los teólogos se hicieron al pueblo, y el pueblo fue haciendo teología a su modo.

Los obispos y los teólogos, cada cual en el papel que les correspondía, asumieron el ser voz de los sin voz. Para ello, pastores y teólogos nos dimos a la tarea de recoger de los pueblos las narraciones de sus experiencias de Dios. Y después las sistematizábamos y relacionábamos con las fuentes de la revelación y con la teología ya elaborada y les devolvíamos a esos pueblos «su teología».

Por un buen tiempo, ése fue el planteamiento, hasta que poco a poco nos fuimos percatando de que los pueblos, y los pueblos pobres en particular, sí tienen voz. Sólo que no tenemos nosotros oídos para escucharla. La conciencia de la diversidad de culturas y de la necesidad del diálogo intercultural nos –y me– fue acercando a recibir de los pueblos pobres su experiencia de Dios como ellos la expresan, y hacer a un lado la postura de que sólo si la expresan según nuestros sistemas de organizar pensamientos y de relacionarlos a nuestra manera con las fuentes de la revelación como nosotros las comprendemos, sólo así es teología. Como nosotros la hacemos, es teología; como ellos la hacen, también es teología. Lo que sigue es el diálogo entre esas diversas teologías, no para llegar a la única teología después del choque de todas, sino para que cada cultura corrija y potencie la suya aprendiendo y enseñando a las otras.

Y ésta es, como ahora me parece, mi etapa teológica actual. No desconociendo ni descalificando las anteriores, sino haciendo que la teología como la he hecho antes dialogue ahora en plan de igualdad con otras teologías de otros *nuevos* sujetos. Y superando la tenta-

ción de imponer las reglas del juego en la intercomunicación, aunque sin permitir que las impongan otros. El diálogo debe abarcar también las condiciones y modos del mismo dialogar. Quizá habrá que encontrar en cada diálogo el modo de hacerlo. Cada cual ha de exponer a su modo su experiencia de fe con su propia elaboración y expresión, pero teniendo en cuenta que se comunica con otros diferentes y, por tanto, sin hacerse esotérico.

Con esto me expuse como jesuita y como teólogo, mi persona y mi actividad. He ido mostrando continuidades y rupturas. Cada una de estas rupturas ha significado dificultad interna primero para discernirlo y asumirlo. Ayudas han sido los amigos, pues no fueron rupturas individuales. Y después dificultades externas por buscar algo desacostumbrado. En general se tiene miedo a lo desconocido. A quien lo propone se le ignora, cuestiona y ataca. El ambiente post-conciliar fue de aliento a los nuevos vientos y apertura a los cambios. Una treintena de años de primavera en la que brotó nueva vida.

3

Reflexión sobre la caridad en la pasividad

Toda la vida ha sido actividad y pasividad, dar y recibir. No creo que sea típica de la edad avanzada la pasividad. Suceden cambios que vienen lentamente, y por eso no se notan con facilidad, como cuando va uno subiendo una ladera y de pronto ve uno el paisaje hacia abajo y cae uno en la cuenta de que está arriba, en otro plano. Así en la vida. En un momento dado, me veo en otro plano, a pesar de que los cambios en el ser y en las actividades van siendo graduales entre ruptura y ruptura, y estas mismas no parecen tales hasta que las miro desde este nuevo plano. Ahora sé que mi papel es el de asesor y consejero desde la experiencia acumulada y la historia vivida. La carga de las decisiones y la responsabilidad de que los asuntos marchen ya debe ser de otros. Pueden y deben pedir y escuchar el consejo de quienes les hemos precedido. Un deber de ellos que nosotros no hemos de exigir. Si no lo hacen, se privan de una muy buena ayuda. A nosotros no nos toca imponerles nada. Si nos hemos ganado autoridad ante ellos, intervendremos aportando experiencia, consejo e historia. Mucho tendrá que ver con la capacidad que hayamos tenido de hacer amistades intergeneracionales. De hecho, los nuevos dirigentes no son nuestros amigos necesaria-

mente. Pero si tuvimos la capacidad de esas amistades intergeneracionales, también nos habremos sabido ganar el respeto de personas de otras generaciones.

Quizá cada vez seamos menos requeridos. Parece que los tiempos muestran a los que toman decisiones con tendencia a la autosuficiencia. Estamos en época de autoritarismos en lo civil y en lo eclesial, en niveles locales y mundiales, en lo económico y en lo político. Lo que observamos en Seattle y en otros foros de los poderosos, con sus contraforos con protestas y propuestas, da cuenta de la tendencia autoritaria y, además, del ansia democrática y libertaria de muchos grupos humanos, y una incógnita sobre las bases sociales. Ya no nos toca a nuestra edad estar activamente en esos movimientos. Pero sí alentarlos y apoyarlos y recordarles la historia y, en lo posible, ayudar a que encaucen los arrebatos juveniles sin reprimirlos ni suprimirlos.

Reflexión sobre la paternidad-filiación

A estas alturas de la vida, muchos de mis coetáneos son abuelos. Reviven la experiencia de la paternidad. Como jesuita, no participo de esa experiencia. A mi modo, sí tengo la experiencia de la paternidad. En parte, es la propia del sembrador que sabe que hubo fruto de su siembra, pero no lo puede determinar ni concretar. A veces me he sorprendido ante las declaraciones de varios en distintas épocas de mi vida que me han dicho que su vida ha sido otra desde su encuentro conmigo. Esto es, a mi modo de ver, experiencia de paternidad-filiación. Eso si nos referimos a individuos. La experiencia de paternidad es, a fin de cuentas, la de participar del amor de Dios, que es gratuito, donación que nada pide. No pide que lo amemos, no responde a que lo hayamos amado. Él es origen (y no término) de todo amor. No nos amó para que lo amáramos ni porque lo hubiéramos amado. Y al comunicarnos su amor nos da la dinámica de amar igual, en gratuidad, no para que nos amen ni porque nos hayan amado. Y ésta es la verdadera paternidad. Tendremos que desligar a Dios del concepto de Padre como suelen tenerlo los seres humanos todos. Y saber que Dios es principio de todo amor gratuito y libre. En ese sentido es padre, madre, amigo, amiga, amante. Él es amor. Si nos amó, amémonos todos uno(a)s a otro(a)s. La experiencia de recibir de Dios y comunicar un amor así es la filiación-paternidad-filiación.

Reflexión sobre la fe y el temor y obediencia a Dios

Con Dios me relacioné con mucha sencillez desde niño. Era la fe de mis papás. Su teología era la del catecismo del P. Ripalda. Si su práctica hubiera correspondido a sus teorías teológicas, no habrían sido lo bondadosos y cariñosos que fueron, junto con un gran sentido común. El temor a Dios estaba en mí como discurso, pero no como realidad. A mi mamá le preguntó una de sus nietas que por qué hemos de tener temor a Dios, si nos ama. Y la respuesta: «A lo que hemos de tener temor es a no querer a Dios».

Y en toda mi vida ese relacionarme sencillo y sin aspavientos con Dios ha sido una roca firme en las crisis de fe, en cuanto que las deslealtades y traiciones de los hombres, y de los que se suponía que representaban a Dios, querían repercutir en crisis de fe. Y de pronto lo eran, pero luego se ponían en su lugar. Ningún humano tiene el lugar de Dios. Ninguno, absolutamente ninguno. Los ajustes de la vejez son para poner más todavía el centro de la vida en ese Dios-amor comunicado, y saber que va uno siendo cada vez menos tomado en cuenta; en un momento dado seremos carne de hospital, sin decisiones propias; y aún antes, los no amigos o no cercanos encontrarán pretexto para no oírnos en que ya somos viejos y chochos. Pero el amor de Dios fue, es y sigue.

ST
EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



Pocas personas se atreverán hoy a poner en duda que el sacerdocio atraviesa una situación crítica. La naturaleza y las consecuencias de la crisis, sin embargo, son objeto de muchas discusiones y debates. Con enorme claridad y conocimiento, Donald Cozzens reflexiona sobre los problemas y desafíos que arrojan luz y sombra a la vez sobre el sacerdocio en la Iglesia católica. Y basándose en datos clínicos, en documentos eclesiales, en reflexiones teológicas y en su propia experiencia pastoral, ofrece un retrato sumamente expresivo y nada complaciente de *la cambiante faz del sacerdocio*. Su reflexión suscita preocupación, pero también esperanza, acerca del futuro del sacerdocio en el siglo XXI.

DONALD B. COZZENS es rector del Seminario Saint Mary de Cleveland (Ohio, Estados Unidos) y profesor de teología pastoral en dicho seminario y en la Graduate School of Theology de esa misma ciudad. Fue editor del libro *The Spirituality of the Diocesan Priest* (1997), todo un éxito de ventas en Estados Unidos. Además, desempeña el cargo de director adjunto de *Emmanuel Magazine*.

200 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Cuando los gobiernos estafan a los maestros, la educación está en peligro.

Fundación «ENTRECULTURAS-FE Y ALEGRÍA»

El mal momento que viven las economías latinoamericanas ha generado un problema añadido que amenaza muy seriamente la estabilidad de los programas de educación de calidad en el continente: la falta de seriedad de los gobiernos en el pago de sus salarios a los maestros de las escuelas. En «Entreculturas-Fe y Alegría» vivimos en toda su crudeza este problema, que afecta a un porcentaje muy amplio de los 30.000 docentes que actualmente trabajan para el movimiento y cuyos sueldos están vinculados, a través de un convenio, con los presupuestos estatales. Estos convenios son un referente del modelo educativo de «Fe y Alegría» desde sus inicios. La expresión «gestión privada de la educación pública» refleja nuestro compromiso por desarrollar una propuesta de formación que se integra en lo que todos entendemos por «educación pública», tanto en los lugares en los que se ubica como en relación con el alumnado al que se dirige. Estamos junto a los estados para hacer una labor de apoyo a al sistema público, en el que descansa realmente la responsabilidad institucional de la educación. A pesar de la claridad de estos convenios, los retrasos en el pago de los salarios se han convertido en una lamentable costumbre en países como Ecuador, Perú, Argentina o Guatemala. En Nicaragua, el gobierno ha decidido unilateralmente recortar el sueldo que paga a los profesores de «Fe y Alegría» incluso por debajo del salario que reciben los docentes de las escuelas públicas. En casi todos los casos, los gobiernos lamentan en público estas deficiencias en el cumplimiento de sus com-

promisos argumentando dificultades presupuestarias. Conviene detenerse un momento a analizar este discurso, pues tras él subyace un planteamiento ético y político que resume muchos de los males que afectan hoy al subcontinente latinoamericano.

El recorte global en los presupuestos públicos ha sido una exigencia de los grandes organismos de financiación internacional, que ha obligado a los aparatos estatales a equilibrar sus gastos con sus ingresos, para así poder garantizar la devolución, no ya de los créditos pendientes, sino más bien de sus intereses. Resultaría inevitable hacer un juicio crítico del Fondo Monetario Internacional y su política por las hondas repercusiones que ha tenido para la población latinoamericana. Sin embargo, en estas breves líneas nos centraremos en otro aspecto: el recorte presupuestario que los gobiernos han aplicado a la ya de por sí menguada cobertura educativa.

Desde el punto de vista de quienes entendemos que la educación es una herramienta fundamental para el desarrollo de los pueblos, el torpedearla desde dentro nos parece una paradoja difícil de digerir: hambre para hoy que nos garantiza más hambre para mañana y para pasado mañana. El desacuerdo con las políticas restrictivas a la inversión educativa se convierte en indignación justa y necesaria cuando en algunos de estos países la falta de dinero para la educación convive o ha convivido con la corrupción pública más obscena y descarada. La mala gestión o el expolio de las economías públicas no son acciones «de guante blanco», sino que sus consecuencias tienen repercusiones directas en las personas. Desde estas mismas páginas hemos intentado demostrar en otras ocasiones hasta qué punto la falta de educación significa la falta de oportunidades; por lo que es fácil deducir que un recorte presupuestario equivale a elevar la barrera de la exclusión para la población más necesitada.

Hoy queremos centrar nuestra denuncia en las graves consecuencias que tiene esta política para la pieza más sensible de la estructura educativa: el maestro. Cualquier persona que conozca, aunque sea superficialmente, la labor de los educadores populares vinculados a «Fe y Alegría» sabe que estamos hablando de personas excepcionales. Partiendo de la base de que en un colectivo tan amplio cabe todo tipo de perfiles, no es menos cierto que entre nuestros docentes predomina un tipo de persona que es consciente del papel que desempeña en el cambio social y que milita en una forma de entender el proceso educativo que ha de culminar en una sociedad más justa. El maestro de Fe y Alegría (mejor sería hablar

de *la maestra*) es una persona que, probablemente, también nació en una barriada empobrecida, en una aldea aislada, luchó duramente para formarse como docente, encontró en la enseñanza una vocación, se comprometió personalmente en la mejora de todos sus alumnos y hoy es plenamente consciente de no basta con que ofrecer un pupitre. La educación tiene que ser de calidad, y ésta pasa por la implicación y la formación permanente. Pues bien, esta persona, que no merece otra cosa que reconocimiento y gratitud, ve cómo llega el fin de mes y su salario ha desaparecido; saca cuentas y ve que falta una parte; mira las bocas que tiene que alimentar, la casa en la que vive, y no puede evitar sentir una frustración honda: sabe que es víctima de una tomadura de pelo. Se mire por donde se mire, la decisión de no pagar es un auténtico escándalo.

Las consecuencias de las decisiones gubernamentales en materia de educación generan en nuestros maestros reacciones que van desde la desmotivación hasta un mayor compromiso con la causa que defendemos. Reacciones, en cualquier caso, comprensibles y que, en casos extremos, llevan al abandono de la docencia por parte de personas muy valiosas para el cambio social que estamos construyendo.

En «Entreculturas» vivimos este problema sin escurrir el bulto. Sabemos quién está incumpliendo los acuerdos firmados, pero no podemos permanecer al margen de la irresponsabilidad de los demás. Entendemos que cualquier acción pasa por la denuncia en voz alta de lo que está sucediendo desde tribunas como ésta y también haciendo labor de presión política ante los gobiernos afectados, haciendo sonar todas las alarmas ante las que los políticos puedan ser sensibles. Además de esta labor imprescindible, también nos vemos obligados a realizar proyectos de apoyo directo al profesorado en capítulos como la alimentación o la vivienda. Somos conscientes de que esta labor asistencial no es la que vocacionalmente nos habría gustado desempeñar; pero también entendemos que en el día de hoy, ante la situación puntual que vivimos, tenemos que invertir una parte de nuestros recursos en hacer frente a una crisis que amenaza el núcleo mismo de nuestro proyecto. Nuestro compromiso con el profesorado alcanza también a la formación permanente. Nuestros maestros y maestras encuentran en estos cursos un auténtico punto de apoyo que les permite mejorar personal y profesionalmente. Una herramienta básica para obtener la calidad

educativa que desean y por la que apuestan a diario, a pesar de las dificultades.

Nuestra economía no nos permite llegar tan lejos en estos capítulos como nosotros deseáramos. Por eso urge hacer una llamada a las entidades financieras públicas y privadas para que se comprometan también ante esta situación. Los programas de ayuda a los docentes o los proyectos de formación permanente del profesorado rara vez son una prioridad en los programas de ayuda al desarrollo y, sin embargo, merecen serlo. Es cierto que tenemos que hacer frente a una situación puntual grave y que merece una reacción extraordinaria; pero no es menos cierto que, aunque no exista retraso en los pagos o no se produjera tan injustificado recorte, la remuneración que reciben los maestros en condiciones normales es, en general, muy baja en comparación con otras profesiones de similar responsabilidad, y mínima si atendemos al papel que desempeñan en uno de los factores más relevantes a la hora de empujar el desarrollo de los pueblos. Todos tenemos una deuda pendiente con los educadores populares; éste es un buen momento para hacerles saber que no están solos.

LAS BIENAVENTURANZAS

8. «*Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos*» (Mt 5, 10-12)

Elisa ESTÉVEZ LÓPEZ*

La proclamación de las bienaventuranzas no deja de sorprender e incluso escandalizar hoy a *muchas* personas, para las cuales no son sino un mensaje trasnochado, masoquista y portador de un sistema de creencias que *distorsiona* los horizontes de sentido humano. Si preguntáramos a más de uno de nuestros contemporáneos, veríamos que las bienaventuranzas son percibidas como un discurso que diseña un orden social que reconoce unos valores que debilitan la construcción de la identidad personal y colectiva, que abre fisuras en la conquista de la felicidad, el placer y el poder, y cuestiona la distancia con las realidades de sufrimiento, como si de un tabú se tratase. Incluso muchos cristianos, aun reconociendo la centralidad de las bienaventuranzas, encuentran dificultades para comprender cómo pueden ser felices los pobres, o los afligidos, o aquellos que son odiados y excluidos; y si realmente es posible en un mundo globalizado vivir esa utopía, que no es otra que la del Reino o, dicho de otra manera, la *mesa compartida en la casa común*. Basta, a veces, con ver los *equilibrios inestables* en que se mueven las interpretaciones de estos textos, tanto por parte de los especialistas como de quienes tratan de vivir con coherencia su fe.

* Profesora de Sagrada Escritura. Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Es inútil, por tanto, negar que existen *interferencias* para captar adecuadamente el contenido de un texto nuclear en la Buena Noticia anunciada y vivida por Jesús. Olvidarnos de ello, o negarnos a afrontar los cuestionamientos que nos llegan desde los *subterráneos colectivos compartidos* en los distintos contextos socio-culturales, supone rechazar un *diálogo* imprescindible y mutuamente enriquecedor entre el evangelio y las culturas y, por consiguiente, desmentir con nuestra praxis la urgencia de un nuevo proceso de inculturación de la fe cristiana en unos contextos radicalmente diversos del de las sociedades mediterráneas del siglo I.

Pero es *igualmente básico* reconocer cómo desde los mismos contextos van alumbrando experiencias y emergen con fuerza mujeres y hombres portadores de valores y modelos alternativos y contraculturales de sociedad, que están dispuestos a confrontarlos con otros y activar *sinergias* y *mediaciones* para construir nuevos marcos de sentido que hagan posible un orden internacional distinto, basado en *consensos* que no marginen ni justifiquen la violación de los derechos humanos, que potencien la solidaridad, la distribución de los bienes con justicia, la paz, la igualdad de género, etc. Y ahí entra el papel de los creyentes en la construcción de las sociedades plurales y autónomas, sin complejos pero sin imposiciones, explicitando, por ejemplo, la apuesta contenida en las bienaventuranzas, pero dialogando en plano de igualdad con otros colectivos, instituciones...

Hemos dado por hecho, sin más, que las bienaventuranzas hablan de felicidad, de dicha; y, además, hemos aplicado nuestros esquemas para entender lo que ahí se dice. Sin embargo, previamente hay que responder a una cuestión no baladí: si los oyentes de los evangelios en el siglo I tenían el mismo concepto de felicidad que nosotros, y cuáles eran sus cánones para comprender esa experiencia fundamental en la vida de toda persona. Esto nos lleva a tomar conciencia, *en primer lugar*, de la distancia cultural que nos separa del contexto vital de las comunidades cristianas de los orígenes y, *en segundo lugar*, a releer las bienaventuranzas en su propio contexto, reconociéndoles el papel de un interlocutor que posee su propia palabra. Pero, con todo, la tarea hermenéutica no termina ahí. Es ineludible, además, identificar cuáles son las «constelaciones»¹ sociales, o el *sistema de significaciones* más apropiado para

1. «La realidad social puede representarse como una configuración de instituciones, prácticas, ritos, creencias e ideas que se despliegan en forma de constela-

dialogar en concreto con la bienaventuranza de los perseguidos, excluidos y odiados por causa de la justicia.

A lo largo de estas páginas, intentaremos ir haciendo un discurso entrelazado entre texto y realidad, aproximándonos por calados sucesivos a un entendimiento plausible de la bienaventuranza de los perseguidos por causa de la justicia.

1. ¿Felicidad y/o reconocimiento público del discipulado?

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua define la felicidad como un «*estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien. Satisfacción, gusto, contento*». Dos elementos se señalan: la *necesidad de los bienes exteriores* para ser feliz (como dice Aristóteles) y, por otra parte, el que la felicidad tiene que ver con la *satisfacción*, una de cuyas acepciones es «*cumplir, llenar ciertos requisitos o exigencias. Premiar enteramente y con equidad los méritos que se tienen hechos*» (*actuar... conforme a virtud*, que diría Aristóteles)². La definición asume, por tanto, que la felicidad puede observarse desde un doble plano: el que hace relación al sujeto que disfruta de una existencia con calidad en las relaciones, que goza de la belleza, del ejercicio de su libertad, de los bienes necesarios; pero, al mismo tiempo, señala también que hay un contento que nace de un modo de vivir que se ajusta a un sistema de valores reconocido y contextualizado.

Sin embargo, parecería como si la sociedad actual hubiera vinculado, desde luego no ingenuamente, la obtención de la felicidad al consumo y a las búsquedas hedonistas, *parcializando* y *ocultando* peligrosamente el *pleno* sentido de la felicidad. La felicidad *se vende* como una vivencia subjetiva de obtención de «cosas», de bienestar emotivo, de placer sexual... Al mismo tiempo, la globalización va imponiendo una banalidad cultural y moral y la relatividad

ciones... La constelación evoca igualmente la existencia de unos *astros fijos* y de unas *estrellas fugaces*... valores centrales y estallidos momentáneos... Aunque estos últimos son los que finalmente más nos afectan, son aquellos los que determinan sustantivamente sus formas de amar, de esperar y de desear»: J. GARCÍA ROCA, *Constelaciones de los jóvenes. Síntomas, oportunidades, Eclipses*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 1994, 10.

2. Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2002, 1099a 30-1999b 20; 1100b: 17-24.

zación de todos los valores, que convive con los dogmatismos intolerantes y violentos porque no se han procurado medios adecuados de comunicación y confrontación entre los diferentes sistemas religiosos y culturales³. La postulación de los individuos por encima de los colectivos, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, la ausencia de tejidos de solidaridad, proximidad y gratuidad, los condicionamientos morales para el disfrute de los derechos humanos más elementales, han colocado a la sociedad actual ante una crisis de sentido que *desdibuja y desorienta* la auténtica búsqueda de felicidad del ser humano.

Con estos presupuestos de base, es difícil entender lo que ofrecen las bienaventuranzas. La apertura de la interpretación bíblica a las ciencias sociales ha proporcionado nuevas luces para entender las claves socio-culturales que están detrás del término «bienaventurados» (*makáριοι*) y que la lengua castellana ha conservado en su definición de felicidad (satisfacción).

En ese vocablo se está dando la enhorabuena públicamente a alguien por algo. En términos antropológicos, las bienaventuranzas (o macarismos) están estrechamente relacionadas con el valor central del mundo mediterráneo antiguo: el honor, es decir, el reconocimiento público de la estima que una persona tiene en un grupo. Por consiguiente, las bienaventuranzas representan una palabra *visible* de *autenticación y acreditación* que Jesús hace de quienes le han seguido, mostrando con sus obras que han *elegido deliberadamente* un camino que les otorga el derecho a ser *considerados* socialmente dentro de su grupo. De ahí también que las bienaventuranzas no puedan interpretarse al margen de las maldiciones («*¡ay de vosotros...!*»), expresión de vergüenza pública, es decir, de una manera de ser y obrar censurada notoriamente⁴. Otra cosa son los criterios de valoración de la sociedad circundante, que ya podemos intuir que son muy diferentes. Por ejemplo, los criterios de quién es

3. Cf. J.B. METZ, «Proposta di programma universale del cristianesimo nell'età della globalizzazione», en (R. Gibellini [ed.]) *Prospettive teologiche per il XXI secolo*, Queriniana, Brescia 2003, 389.

4. Cf. K.C. HANSON, «How Honorable! How Shameful! A Cultural Analysis of Matthew's Makarisms and Reproaches»: *Semeia* 68 (1996) 83-114; J. NEYREY, «Loss of Wealth, Loss of Family and Loss of Honor: A Cultural Interpretation of the Original Four Makarisms», en (P.F. Esler [ed.]) *Modelling Early Christianity: Social-Scientific Studies of the New Testament in Its Context*, Routledge, London 1995, 139-158.

o no justo diferirán en la comunidad de Jesús y en la realidad en la que están insertos.

De ahí que las bienaventuranzas definan las fronteras de la familia de Jesús. Ponen de manifiesto las acciones, actitudes y valores que la identifican como tal y que reconocen como válidos dentro de ella. Son sus signos de identidad, los pilares sobre los que se construye una comunidad que mira hacia el Reino y *no se asimila* sin más al orden establecido.

2. La centralidad de la justicia en el evangelio de Mateo

El título que encabeza este artículo responde al enunciado *singular* de Mateo (5,10), en el que usa un término central para él, el de *justicia*. El evangelista es sumamente cuidadoso con la tradición recibida, y las bienaventuranzas originales contenidas en la fuente Q (Lc 6,20b-22) daban ya la *enhorabuena* a aquellos que sufrían toda clase de injurias por seguir a Jesús (Lc 6,22). Sin embargo, al añadir el v.10, Mateo se guía por una motivación de carácter formal: establecer tríadas a lo largo de los capítulos 5-7. En el caso de las bienaventuranzas logra así que su número sea múltiplo de tres⁵. Pero no es suficiente: existen otras razones que hay que rastrear en el texto (Mt 5,3-12) y en el evangelio en su conjunto.

Es de notar la inclusión que se produce entre Mt 5,3b y Mt 5,10b: «*porque vuestro es el Reino de los cielos*». El sujeto en un caso son «*los pobres de espíritu*», y en el otro «*los perseguidos por causa de la justicia*», y ambos son incluidos en el Reino porque su conducta se ajusta a los valores de la familia de Jesús. Su praxis, y *sólo ésta*, acredita su pertenencia a la comunidad cristiana, y de ahí brota su felicidad, llamada siempre a desarrollarse en plenitud⁶. El resto de las bienaventuranzas (vv. 2-7) vienen a decir algo semejante: el camino del discipulado pasa por ajustar la existencia a una serie de valores que están en las antípodas de las expectativas de otros grupos sociales, sobre todo de los grupos dominantes, que son quienes más amenazados se sienten por la nueva forma de existencia. La identidad cristiana pide conversión y cambio y coloca a los creyentes en una *situación liminal*, cuya función habrá que analizar.

5. Cf. W.D. DAVIES – D.L. ALLISON, *The Gospel According to Saint Matthew*, I, T&T Clark, Edinburgh 1988, 459.

6. Como indica F. CAMACHO (*La proclama del Reino*, Cristiandad, Madrid 1987, 154-155), el uso de *autôn* («de ellos») tiene carácter *exclusivo*.

Por otra parte, el contenido de Mt 5,10 vincula estrechamente este versículo con los vv. 11-12 (cf. Lc 6,22-23), que desarrollan ampliamente las consecuencias de la persecución por causa de la justicia.

Mirando al resto del evangelio de Mateo, la justicia es un concepto que el evangelista desarrolla en bastantes textos⁷, ofreciéndonos datos importantes para comprender la centralidad de su mensaje en este sentido, que se expresa muy claramente en la provocación de Jesús: «*buscad primero que reine su justicia (de Dios)*» (Mt 6,33). La justicia del Jesús mateano proviene únicamente de Dios y se dirige de un modo privilegiado a los pecadores que no se enorgullecen de poseerla por sus propios méritos, como los escribas y fariseos. Es una justicia estrechamente unida a la gratuidad, a la misericordia, y exige unas acciones que no buscan el honor humano, sino el reconocimiento del Dios que camina con la humanidad rompiendo las barreras de exclusivismo, opresión, injusticia y violencia. Con mucha claridad indica Mateo que la justicia de la que Jesús habla supera la del judaísmo oficial (Mt 5,20)⁸.

3. Dar la enhorabuena a los perseguidos por causa de la justicia en contexto

La primera cuestión que nos surge al leer la bienaventuranza de los perseguidos por causa de la justicia es: ¿cómo es posible que se pueda perseguir y maltratar a alguien que se comporta justamente? ¿Acaso no es la justicia una virtud, un modo de comportarse que reporta beneficios a la comunidad? Y, sin embargo, la formulación mateana no deja lugar a dudas: el sujeto de la misma son los que sufren en la actualidad una acción hostil continua, debido a que ejercen una actividad pública igualmente estable y habitual, la justicia⁹. De aquí parece deducirse que Mateo está dialogando con unos interlocutores que poseen una comprensión de la justicia discordante, y que entre ambos existe no sólo tensión, sino enfrenta-

7. El sustantivo aparece en Mt 3,15; 5,6.10.20; 6,1.33; 21,32; y el adjetivo en Mt 1,19; 5,45; 9,13; 10,41; 13,17.43.49; 20,4; 23,28.29.35; 25,37.46; 27,4.19.24.

8. Cf. H. SEEBASS, «Justicia», en (L. Coenen – E. Beyreuther – H. Bietenhard [eds.]) *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, vol. II, Sígueme, Salamanca 1980, 406-407.

9. F. CAMACHO, *La proclama del Reino*, 152.

miento, en razón de cómo entienden su responsabilidad con relación a los deberes que como ciudadanos y personas de fe tienen.

Una mirada a nuestra realidad del siglo XXI nos devuelve una imagen similar. Hoy asistimos a una fragmentación y relativización de las creencias y, sobre todo, a la imposición del «pensamiento y el sentimiento únicos» engendrados por el neo-liberalismo, que practica dinámicas de exclusión y aniquilamiento con aquellas personas y colectivos que no se ajustan a las *responsabilidades* que emanan de los centros de poder mundiales. La justicia «establecida» está atravesada por discursos y dinámicas justificadoras del poder y la agresión que parecen mudarse, pero no anularse. Asistimos a una escalada de la brutalidad, puesta de manifiesto en hechos cotidianos de violencia doméstica, atentados y conflictos bélicos que dejan al descubierto las injusticias y desigualdades, las contradicciones y debilidades que vertebran todo el sistema mundial, así como la necesidad de recrear los consensos mundiales sobre una vida justa para todos y todas.

Teniendo en cuenta estos datos, es necesario que demos un paso más en nuestro pensamiento.

El *contexto vital* de las cuatro bienaventuranzas *originales* (Lc 6,20.21b.21a.22; cf. Mt 5,3.4.6.11) no es otro que el de la exclusión social que sufren los discípulos/as de Jesús por su decisión de seguirle. El ostracismo que sufren se debe, ante todo, a que han perdido los privilegios asociados a la pertenencia a una familia (comida, vestido, amparo en situaciones difíciles, fama y buena reputación, expectativas de un matrimonio ventajoso...). Al seguir a Jesús, sus familias los han castigado y expulsado de su seno como hijos/as rebeldes, condenándolos a la pobreza absoluta y a la vergüenza social¹⁰. Son estigmatizados, y ellos lo han asumido (autoestigmatización) por propia voluntad. La sociedad en la que viven juzga ilegítima su desgracia, es decir, la cataloga como consecuencia de no haber acatado la autoridad establecida y no haber reconocido los diferentes poderes y jerarquías sociales existentes, no asumiendo los deberes que *naturalmente* («según naturaleza») les corresponden en razón de su estirpe, clase, género y religión.

Esta situación no se comprende del todo si no se dice que la familia es la red social más importante para las gentes del Mediterrá-

10. Cf. J.J. PILCH, «“Beat his Ribs While He is Young” (Sir 30:12): A Window on the Mediterranean World»: *BTB* 23 (1993) 101-113.

neo antiguo. Es la institución básica que otorgaba la base imprescindible para ser alguien en la vida. De ahí también que, precisamente por ello, se cuidaran especialmente las virtudes que contribuían a arraigar aún más la unión familiar, como el respeto, la concordia y la piedad¹¹.

Cuando Mateo añade el v.10 —«*bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia...*»—, la situación no ha cambiado esencialmente. Al contrario, es probable que en la comunidad mateana las divisiones intra-familiares causadas por el discipulado fueran más comunes y universalizables a *todos* los miembros del grupo (Mt 10,21-22.34-36), mientras que en la comunidad lucana parece que estuvieron más conectadas con los misioneros itinerantes.

La comunidad de Mateo está enfrentada con el judaísmo fariseo; sus visiones de la religión judía son muy diferentes: mientras la primera ve en Jesús la única autoridad en su existencia y, por supuesto, la única para interpretar la Ley, los fariseos no reconocen otra autoridad que la Torah. Si Mateo y su grupo abogan por un estilo de vida que deja en entredicho algunas prácticas de la Ley de Moisés, tal como las propiciaba el judaísmo oficial, es claro que la oposición había de darse. Iglesia y sinagoga preconizaban una manera de vivir *justamente* que percibían como no reconciliable; y sus creencias se hacían especialmente visibles en el entorno familiar, donde unos y otros reforzaban las líneas de identidad frente a los de fuera (prácticas de comensalía, alianzas matrimoniales)¹².

Pero no sería justo olvidar que esta situación vivida por la comunidad mateana, de corte judeocristiano y venciendo las dificultades de la reciente apertura a los gentiles, fueron sufridas también por otros grupos cristianos más encuadrados en ámbitos greco-romanos¹³. Las distintas iglesias repartidas por el Mediterráneo se erigieron como grupos, junto a otros muchos, que planteaban una serie de valores alternativos y contraculturales a la ordenación *normal e intocable* de la existencia humana según los cánones oficiales¹⁴.

11. Véase el estudio sobre la familia de S. GUIJARRO, *Fidelidades en conflicto*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1998.

12. Cf. R. AGUIRRE, «La comunidad de Mateo y el judaísmo»: *EstBib* 51 (1993) 233-249.

13. La misma formulación de la bienaventuranza original (*makáριοι este hotan + subjuntivo aoristo, felices seréis cuando...*) permite una universalización.

14. En ámbito cristiano, las persecuciones pueden ser vistas desde esta perspectiva. Y en ámbito greco-romano, Sócrates, visto por los apologistas griegos como

Con todo, es fácil deducir que la familia, en el mundo antiguo, no es un mero entorno afectivo, sino que desempeñaba un papel básico como *guardiana y transmisora del sistema de creencias y valores de la sociedad y la religión*. Es una institución social donde se reforzaban las estructuras patriarcales, modelo sobre el que se reproducía el resto de relaciones socio-culturales.

En la actualidad, el modelo de familia está cambiando vertiginosamente y ha dejado de ser el ámbito exclusivo donde se socializan las personas y se aseguran los modos de asimilación al sistema imperante. Pero esto para nada significa que determinadas instancias no se hayan erigido como ostentadoras del *bien hacer* y del *bien pensar*, y que lo impongan utilizando los medios mediáticos, la *domesticación* de la educación, la emisión de mensajes continuos de que es mejor vivir con una ética exclusiva de corte situacionista y existencialista¹⁵, etc. Sin olvidar, que al mismo tiempo, las redes sociales que anteriormente sostenían a los individuos se han fragilizado de tal modo que se favorece aún más, bien la *asimilación* al sistema, bien la *exclusión* del mismo.

4. La justicia de Jesús como instancia crítica de la realidad

Las preguntas que deja abiertas esta bienaventuranza son muchas: ¿qué *cuestionamientos* llegan a los centros del poder mundial desde el cristianismo como una *ética de máximos* que tiene algo que ofrecer y demandar sobre la realidad de la justicia en el universo entero? ¿Qué dinámicas de *discernimiento* se están articulando en el seno de los grupos cristianos para dialogar y confrontar las ideologías, prácticas y sentimientos que se están imponiendo en nuestros contextos, determinadas por los procesos de globalización? ¿Nos hemos *asimilado* al sistema de valores y creencias vigente, o realmente el cristianismo es una oferta de felicidad que se brinda en plano de igualdad a quien la desee?

Casi inmediatamente después de las bienaventuranzas, el evangelio de Mateo coloca los *reproches* (Mt 5,21-48), es decir, el con-

una figura a quien se comparó con Jesús (p.e. San Justino en el s. II), fue condenado injustamente por ateo, sofista, pervertidor de jóvenes, aunque para él la justicia es una de las virtudes nucleares de donde emana la felicidad. Véase A. GÓMEZ ROBLEDO, *Sócrates y el socratismo*, FCE, México 1988.

15. Cf. J. GARCÍA ROCA, *Constelaciones de los jóvenes*, 29.

junto de afirmaciones que explicitan otra previa: «*si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*» (Mt 5,20). Sería erróneo comprender esta aseveración olvidando el contexto de dura confrontación entre las comunidades judeocristiana y judía. Desde hoy, y respetando el texto, sería más adecuado entenderla como un planteamiento de estilos de vida diferentes. Jesús tiene su propuesta, y ésta difiere en algunos puntos de la del judaísmo fariseo.

En las antítesis es el momento de trazar el nuevo marco de relaciones en el que la comunidad cristiana se reconoce a sí misma. Para ello, Jesús replanteará las *dinámicas del honor*; es decir, las maneras de valorar a los individuos en la sociedad, y lo hará en términos comprensibles para sus contemporáneos.

Nos centraremos en las dos últimas antítesis (Mt 5,38-48), en las que Jesús se sitúa abiertamente en oposición a la interpretación rabínica de la Ley. Una vez más queda en evidencia que la fidelidad a su persona está por encima de las cualidades valoradas en el mundo antiguo: el respeto a la tradición, a los padres, a Dios.

En el mundo mediterráneo es honorable y, por tanto, valorado el hecho de buscar satisfacción cuando alguien te ha ofendido¹⁶. Sin embargo, Jesús pide a sus seguidores que no devuelvan las agresiones que sufran, que amen incluso a sus enemigos y oren por ellos. La conducta que requiere de ellos no deja de ser sorprendente e inusual, entonces y ahora.

Se equivocaría quien comprendiera estos textos como si la justicia del reino implicara sumisión y aguante del mal sin hacer nada, como confirmación del orden injusto reinante o como un premio a la maldad. Nada más lejos de la realidad. Jesús está preconizando un nuevo orden mundial basado en el no oponer fuerza a fuerza, poder a poder, o riqueza a riqueza, sino en una estructura social cuyos fundamentos son la solidaridad, el servicio y la gratuidad, sin distinción de razas, clases sociales o género, el compartir como en una familia.

Esto choca también con nuestras dinámicas sociales que se siguen rigiendo por la ley del talión (¡cuando menos!) y que establecen condiciones para la solidaridad: recibirán ayudas económicas los pueblos o personas que las puedan restituir; se establecerán

16. Véase, por ejemplo, Jer 11,20; 20,12. ARISTÓTELES (*Ret.* I 1367a 21) afirma que «pagar con la misma moneda es justo».

sistemas político-económicos, no desde las necesidades de las personas, sino desde las condiciones de viabilidad presupuestaria y de ocupar un puesto elevado en el *ranking* mundial. Los derechos a la salud, a moverse libremente, a la educación... se condicionan en favor de intereses no confesables¹⁷.

Sin embargo, el Dios de Jesús, que proclama que hace salir el sol sobre justos e injustos, sobre malos y buenos (Mt 5,44), parece estar hablando otro lenguaje radicalmente distinto y desafiante. La misericordia y la gratuidad son los fundamentos de su *casa común* y de su *mesa compartida*. Para él no vale el principio aristotélico, tan extendido en todo el mundo antiguo, por el que la persona virtuosa era aquella que vivía sus pasiones y acciones *cuando es debido*, y *por aquellas cosas y hacia aquellas personas debidas*, y *por el motivo y de la manera que se debe*. Ése es el término medio, y ahí radica la virtud¹⁸.

Para Jesús, el ejercicio de las virtudes, y entre ellas la de la justicia, va más allá, porque el fundamento está en el amor gratuito y sin condiciones que Dios tiene hacia todos sus hijos e hijas. Ahí radica su entrañabilidad, ahí la fuerza dinámica de su ternura, la pro-vocación para construir una *nueva creación*. Jesús ha sentado las bases de una sociedad que se construye a sí misma de una manera alternativa, desafiando los principios ya establecidos, sean judíos o greco-romanos, o aquellos que en la actualidad se erigen como portavoces autorizados del *arte de vivir y morir*.

La justicia de Jesús pasa por el *amor a los enemigos*, unas palabras que difícilmente suelen escucharse en los discursos que los cristianos hacen sobre la paz o la justicia, y mucho menos entre otros sectores. Sin embargo, no es posible jugar a escuchar ahora unas palabras de Jesús y no otras. El Reino, proclamado como recompensa de los que viven según las fronteras marcadas por las bienaventuranzas, pasa también por ahí. Cuando Jesús da la enhorabuena a sus discípulos/as por ser perseguidos y sufrir la violencia física, los insultos, el desprecio, las calumnias y el ser considerados como ladrones y gente de mal vivir, no lo hace para ofrecerles un consuelo, sino para animarles y exhortarles a vivir radicalmente las

17. Cf. J. GARCÍA ROCA, «Qué talentos, qué cultura y qué fe para la transformación social»: *RFS* 55 (2000) 551-553.

18. Cf. ARISTÓTELES, *Et. Nic.* II 1106b.

exigencias que trae consigo su Buena Noticia. No está magnificando esas situaciones, sino que habla claramente de las consecuencias de la opción tomada.

5. La esperanza vivida en las fronteras y alimentada en el Dios de la gracia

Tal y como venimos viendo, las bienaventuranzas plantean un tránsito a una situación liminal que conduce a una realidad nueva. Llamamos a una respuesta positiva al desafío que plantean. La persona o el grupo que acojan y se entrañen con esa nueva identidad elegida y regalada, recibirán la acreditación de Jesús; se sentarán a la mesa compartida y serán reconocidos y estimados en el grupo de Jesús.

Ahora bien, es muy importante tener en cuenta que la llamada a la liminaridad sólo tiene un sentido: generar procesos de transformación en la sociedad para que viva aquellos valores centrales que realmente le devuelven una existencia en plenitud y destinada a todos los sujetos.

Las bienaventuranzas así vividas se convierten en catalizadores en la frontera de lo humano. Desde los espacios marginales (pobreza, sufrimiento, persecución...) hacen visibles para la humanidad aquellos valores recibidos de Dios a través de los cuales se alcanza la plenitud humana. Es decir, desde el fracaso, el dolor... se alumbran espacios de plenitud: el Reino inclusivo, la herencia de la tierra, el consuelo y la misericordia, la filiación y la fraternidad. Y esto nos introduce en la paradoja de que en la muerte hay vida, que en la debilidad alumbramos la fuerza, y en la ignorancia la sabiduría.

Pero hay más: para las primitivas comunidades cristianas existía un convencimiento expresado de diversas maneras, y es que de Dios procedía siempre el don de la justicia. De él brotaba el juicio justo (Sal 17,1-5), y él hacía a su pueblo partícipe de su justicia. El cristianismo heredará esta perspectiva de fondo y sabrá que *sin la gracia* no le es posible al cristiano vivir plena y duraderamente los valores de la solidaridad, la justicia, la igualdad y el altruismo, y mucho menos amar a los enemigos y ofrecer el perdón a los ofensores¹⁹.

19. Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, «Sobre el contencioso hombre-Dios y sus secuelas éticas», en (A. Galindo [ed.]) *La pregunta por la ética. Ética religiosa en diálogo con la ética civil*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1993, 32.

Finalmente, el hecho de que Dios incluya en su Reino a los perseguidos por causa de la justicia es una afirmación de *esperanza radical*. Frente al desánimo que invade a veces la ineficacia a largo plazo de los proyectos en favor de la primacía de los últimos, o de las denuncias de las violaciones de los derechos humanos; frente al cansancio por la lentitud de los procesos de transformación social o el desánimo que puede nacer cuando vemos que no acabamos de encontrar una nueva racionalidad más dialógica, mestiza y compasiva, el Dios de Jesús se muestra en esta bienaventuranza como un Dios de esperanza. *Él con nosotros*, juntos en el compromiso de dar a luz una nueva creación, es la garantía de que los perseguidores no lograrán imponer su sistema de injusticia, y que su *pirámide de sacrificios* jamás tendrá la última palabra, porque el Dios de Jesús seguirá empujándonos hacia la utopía de una comensalía abierta, donde la exclusión, la pobreza y las desigualdades serán erradicadas, y se afirmará la misericordia entrañable como principio de vida.

ST
EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



Tuvieron que formársele llagas en los pies por los caminos de la lejanía y la degradación antes de encontrar el camino hacia la casa paterna y descubrir que ésta no era una prisión, sino un espacio de libertad, de perdón, de dignidad recuperada; y que en el centro no había un código, sino un corazón; no un tribunal, sino una fiesta de música y danzas. La parábola se convierte así en la historia de nuestras insensatas huidas y de nuestros regresos; de nuestro descubrimiento más sorprendente, después de la embriaguez de tantas ilusiones: Dios nos espera con ansia.

Una parábola, en definitiva, para «aprender» al Padre, conocernos a nosotros mismos e intuir que podemos estar dentro de la casa y, sin embargo, ser extraños y distantes, como el hijo mayor. Una parábola que atestigua la posibilidad de recuperación para el alejado y la condición casi irrecuperable de quien se cree justo. Un mensaje de esperanza para los dispersos y una severa advertencia para quienes se creen con todos los derechos.

120 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 8,00 €

LOS LIBROS

Recensiones

GONZÁLEZ, Antonio, *Reinado de Dios e imperio. Ensayo de teología social*, Sal Terrae, Santander, 2003, 414 pp.

Al dar cuenta de 400 páginas de gran formato en unas pocas líneas, es casi inevitable incurrir en simplificaciones, pero debo correr ese riesgo. El Autor, tras pasar revista a los problemas sociales y ecológicos generados por la globalización, y teniendo en cuenta que quien se ha vuelto global es el capitalismo, analiza este sistema. Para ello recurre a la teoría económica marxista, que, en su opinión, merece justificadamente la calificación de «científica». Concluye que dichos problemas son necesidades estructurales del capitalismo y que, por tanto, mientras permanezca este sistema, en el mejor de los casos podrán ser atenuados, pero nunca desaparecerán.

Afirma a continuación que para buscar una alternativa eficaz es necesario cambiar algo todavía más profundo que las estructuras económicas del capitalismo. Los problemas que afligen a la humanidad tienen su raíz última en el pecado humano por excelencia, que el Autor llama «lógica adámica» e iden-

tifica con la pretensión de lograr la justicia por nosotros mismos, independientemente de Dios. La solución, por tanto, no es crear un estado más justo que los existentes, porque eso supondría seguir confiando en el poder humano. El verdadero cambio vendrá sólo cuando las personas acepten el reinado de Dios y empiecen a construir en la periferia del sistema comunidades alternativas donde vivan el mensaje evangélico con absoluta radicalidad, convirtiéndose así en un fermento que, a la larga, irá transformando el mundo. El título del libro significa que la alternativa al imperio –incluso al imperio de la justicia humana– es el reinado de Dios.

Desgraciadamente, a partir del siglo IV la Iglesia se identificó con la sociedad, renunciando a ofrecer una alternativa a la misma. Desde entonces, las únicas comunidades cristianas en ruptura con los valores dominantes han sido algunos movimientos contestatarios, las antiguas reducciones jesuíticas del Paraguay

(pp. 317-318) y el actual pentecostalismo latinoamericano, que al Autor le merece una valoración sustancialmente positiva. (pp. 328-334).

Nadie discutirá la necesidad de establecer comunidades donde se intente vivir con radicalidad los valores del Reino, que el Autor describe muy bien; pero resulta difícil aceptar la tesis, repetida una y otra vez, de que los cristianos deben renunciar a humanizar las estructuras del capitalismo global mediante el compromiso político, porque la política entraña coacción sobre las personas y, además, pretende alcanzar la justicia mediante el esfuerzo humano. Sabiendo que cada día mueren más de sesenta mil personas por no tener satisfechas sus necesidades más básicas, ¿todo lo que puede decir la teología a los cristianos que tratan de evitar esas muertes a través de su compromiso político es que siguen «pensando en domesticar al dragón o en cabalgar a sus espaldas como la gran ramera del Apocalipsis» (p. 314)?

Aquí están implicadas tres cuestiones teológicas de gran calado a las cuales, en mi humilde opinión, el Autor no da una respuesta satisfactoria:

1. Relación entre las intervenciones de Dios en la historia y las mediaciones humanas.

2. Diferencias entre la imitación y el seguimiento de Cristo. Puesto que Él rechazó ser rey (Jn 6,15), ¿deben todos los cristianos rechazar el compromiso político siempre y en cualquier lugar, incluso en circunstancias que no tienen nada en común con las de Jesús?

3. Cómo afrontar la resistencia de lo real a la radicalidad del Evangelio (decía Bismarck que con el sermón de la montaña no se puede gobernar el mundo). En su *Theologische Ethik*, Thielicke dedicó unas páginas magníficas a la problemática ética del tiempo intermedio; cuando el pecado ya ha sido vencido, pero todavía conserva su fuerza.

Reinado de Dios e imperio es un libro provocativo desde la primera página hasta la última (apenas deja en pie, por ejemplo, algo de la teología de la liberación o de la Doctrina Social de la Iglesia); un libro política y eclesialmente «incorrecto», pero intelectualmente estimulante. A quienes asustó la densidad teórica de las anteriores obras de A. González debemos decirles que ésta es mucho más fácil de comprender y está muy bien escrita, aunque es bastante reiterativa. El libro está pulcramente editado, pero se han deslizado algunas erratas (la más repetida es «K?rios», en vez de «Kýrios»).

Luis González-Carvajal

FRANCO, César A., *Eucaristía y Presencia Real: Glosas de san Pablo y Palabras de Jesús. Anotaciones a 1 Cor 11 y Jn 13* (Studia Semitica Novi Testamenti, XI), Encuentro, Madrid 2003, 262 pp.

En este libro, su autor, obispo auxiliar de Madrid y miembro del Comité Directivo de «Studia Semitica», estudia algunos textos de Pablo y Juan sobre la Cena del Señor. En esta recensión centraremos nuestra atención en el pasaje de 1 Cor 11,17-34, donde Pablo refleja las deficiencias de la celebración en la comunidad de Corinto apelando a la forma de actuar de Jesús en la última cena; así como en las palabras de Jesús en el relato del lavatorio de los pies en Juan 13,2-17.

En principio es positivo el uso de una amplia bibliografía, a la que el autor remite en su libro.

Más problemática resulta, en cambio, la nueva traducción que –a partir de una hipotética redacción aramea primitiva– se pretende hacer de los dos pasajes citados. Así, la frase de Jesús en la última cena (según el texto griego de Pablo: 1 Cor 11,17-18): «porque os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios», en el «original arameo» anterior vendría a decir: «porque os digo que cuando yo sea dado a beber, a partir de ahora, del fruto de la vid, el reino de Dios vendrá» (cf. pp. 110-111).

Un texto bastante más oscuro que el que nos ofrece la redacción tradicional de Pablo. Otro caso similar aparece en el lavatorio de los pies de la última cena, donde

(según el texto griego de Jn 13,15) Jesús afirma: «os he dado ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho». Expresión que, siendo «excesivamente vaga», debería ser traducida así, según el texto arameo primitivo: «Porque en semejanza mi misma sangre os he dado, para que, como yo la ofrezcáis en sacrificio por vosotros, también vosotros la ofrezcáis». Pues bien, esta traducción-interpretación, a mi entender, es difícilmente aceptable, porque las pocas veces que el término «sacrificio» aparece en boca de Jesús (en los evangelios), se refiere a los sacrificios judíos desde un sentido claramente peyorativo: «quiero misericordia, y no sacrificio» (Mt 9,13 y 12,7; cf. Mc 12,33). Pero, sobre todo, porque el término «sacrificio (por)» no se encuentra nunca en los escritos de Juan. A su vez, el verso siguiente –«no es el siervo mayor que su Señor, ni el enviado mayor que el que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados seréis si lo hicieréis»– es también retraducido de este modo: «dichosos vosotros cuando hagáis pasar (de nuevo) al otro (el Señor) el gran cáliz (la muerte)» (cf. pp. 212-218).

Pues bien: estas traducciones ¿«explican» realmente la supuesta oscuridad del texto griego o más bien la «complican»? ¿No se corre-

rá el peligro de cambiar el sentido normal, tradicional, del texto? Así –y desde el aforismo medieval: «Ecclesia tenet et legit librum Scripturarum»– ¿que valor cabría dar a esta nuevo traducción-interpretación que difiere de la que ha sido tradicional en la Iglesia durante 20 siglos y es considerada ahora como menos exacta? Por otra parte, los razonamientos de carácter lingüístico aducidos para la nueva traducción resultan un tanto frágiles. Porque esos «fallos» de traducción ¿no podrían haber sido captados ya por el «presunto» traductor inicial, de quien no cabe pensar que fuese menos experto o menos conocedor del arameo y el griego que cualquier autor moderno? Porque, si cabe dudar de la pericia del (presunto) traductor primero, se corre el peligro de poner en cuestión la traducción en su conjunto. Por último, y aun admitiendo que en un primer momento hayan persistido ciertas expresiones aramaicas originales (provenientes de Jesús o de su entorno), ¿es tan claro que haya habi-

do un texto global arameico de todo el evangelio o de los evangelios?

Por último, pienso que estas «quaestiones disputatae», aún no del todo clarificadas y, como tales, discutibles, deberían mantenerse en el ámbito restringido de los expertos (o de las revistas especializadas) y, sólo una vez aclaradas, lanzadas al gran público. En todo caso, la investigación bíblica debería ir acompañada de una teología capaz de tender puentes desde la Escritura hacia la Tradición eclesial: mostrando la coherencia, tanto inicial como posterior, de la Iglesia, enriqueciéndola. Porque la Escritura y la Tradición, más que dos momentos sucesivos de la historia de salvación, son una doble dimensión de una misma realidad guiada por el único y el mismo Espíritu. Por eso, más que de contraponer la tradición «aramaica» frente a la «griega (o helénica)», habrá que tratar de buscar claves explícitas de convergencia y complementación mutua.

Manuel Gesteira

DÍAZ, Carlos, *¿Qué es el personalismo comunitario?* (Colección «Persona», n. 1), Fundación Emmanuel Mounier, Madrid 2002, 160 pp.

El *Instituto Emmanuel Mounier*, a través de la Fundación del mismo nombre, nos presenta el libro de Carlos Díaz, *¿Qué es el personalismo comunitario?*, con el que dicho Instituto comienza su Colección «Persona», que, a través de textos clásicos y modernos, pretende ser una ayuda para quienes quieran

reflexionar en profundidad sobre la realidad a partir del centro focal del pensamiento personalista: la persona.

Siendo como es este libro el primero de la Colección, es lógico que sea Carlos Díaz su autor y que en él intente realizar algo que, en principio, tildaríamos de imposible:

«agavillar –como él mismo dice en un prólogo al estilo cervantino– nuestros múltiples y dispersos escritos» y resumir el tiempo que se ha ido «en un texto a modo de compendio, de joya, o de poso de sabiduría y legado para las generaciones venideras... síntesis de todos los anteriores». Trabajo, pues, hartamente difícil, dada la inmensa y prolífica capacidad de Carlos Díaz.

Al mismo tiempo, este carácter de libro «fundacional», a partir de las coordenadas desde las que el Movimiento Personalista se mueve y desde su mismo talante, que se quiere descaradamente militante, implica –como así se hace en el último capítulo– una exposición amplia y, sin embargo, condensada de los principios teórico-prácticos del Instituto Emmanuel Mounier, a modo de «Manifiesto», siguiendo tal vez la estela del mismo Mounier. Los títulos del Manifiesto son una explicitación de los principios teóricos aplicados al aquí y ahora de nuestra situación personal, social y política: *La persona, fin en sí. Vida interior. Pasión por la sabiduría. Conversión. En favor de la vida. Ecologismo humanista. Desde la libertad. Con esperanza. Corrección fraterna. Educando. Auto-crítica. Testimonio No para tener, sino para ser. Izquierda mística, izquierda ética. Corriente arriba. Presencia en todos los niveles. Para el encuentro. No violencia subversiva frente al mal. Estado mínimo. Federalismo solidario. Ser Sur. Tener memoria. Afirmación del Absoluto-Dios presencializado en la vida humana. Gratuidad. Saber*

descansar para mejor cansarse. Hermano humor.

El intento de síntesis «carlos-diazana» que precede al Manifiesto es la base sólidamente teórica sobre la que se construye este intento de «querer ser» al que, en definitiva, conduce. Comienza presentando lo que parecen ser los «enemigos» teóricos –y prácticos– del personalismo: actualismo, egocentrismo, colectivismo, estructuralismo, escepticismo y pesimismo, transpersonalismo hinduista o budista...

Siguen dos capítulos que intentan responder a la pregunta «*an sit?*» (si es) y «*quid sit?*» (qué es), respectivamente, el personalismo.

Más adelante califica con el adjetivo «amorosa» la relación subsistente que es la persona y va articulando el contenido de este amor conjugándolo en «vocativo» (necesitamos de los demás), «genitivo» (para poder cuidar-te necesito cuidar-me), «dativo» (ser «para» el otro, don y saber recibir) y «ablativo» (ser don en todas las circunstancias). El «acusativo» es anti-personal. Finalmente, acoger el don es acoger a Dios: «El dilema es éste: ser dios sin Dios y contra Dios, o ser dios por Dios y con Dios» (Blondel).

El penúltimo capítulo está dedicado a describir, desde una «epistemología» del personalismo comunitario, la apertura de la persona, como amorosa relación subsistente, a quien es su fundamento último, Dios.

El libro concluye, tras una última descripción del «personalismo

comunitario», mostrando cómo el ser humano, fin en sí, no es el final de sí mismo si no se da en él la apertura a la ultimidad, es decir, a Dios: la dignidad de la persona no surge del ser humano, sino de la gratuidad de Dios.

Como dijimos al comienzo, siendo éste el número uno de la

Colección que presenta la Fundación Emmanuel Mounier, es lógico que, para concluir, exponga a modo de «Manifiesto» aquello que quiere ser el Instituto «*que se honra en autodenominarse Emmanuel Mounier*».

José Luis Saborido Coursach

CAMPOS HERRERO, Joaquín, *Alfabetización emocional*, San Pablo, Madrid 2003, 244 pp.

¿Somos analfabetos emocionales?, es decir, ¿desconocemos cómo conducirnos con nuestros sentimientos?- La respuesta positiva es lo que motiva al autor del libro, cuya intención es comunicar un abecedario fundamental.

La inteligencia emocional fue un tema de éxito de manos de Goleman, enganchando a un importante sector de la población preocupado por estos temas. Nuestro autor, además de buscar las raíces de tal aportación en la historia del pensamiento, elige entre las ricas posibilidades existentes, seleccionando la temática que mejor sirve a su objetivo: «despertar nuestra conciencia sobre la inteligencia emocional».

La obra consta de seis capítulos en los que va acercándonos a los temas elegidos. Está didácticamente muy bien cuidado. Cada capítulo parte de la exposición del tema; le sigue un test donde el lector se puede tomar el pulso de cómo está con respecto a lo tratado; vienen a

continuación unos ejercicios prácticos que pueden ayudar en el plano actitudinal; y concluye con unas pautas.

Destila una mezcla entre la sabiduría bíblica y la rica tradición oriental, teniendo siempre en el horizonte una antropología sana y de sólidos fundamentos. A la persona se la comprende como protagonista y responsable de su historia.

Quizá puede resultar fatigoso para el lector ávido la presencia de los tests y ejercicios, pero es justamente eso lo que le hace ser un libro vivo, que ayuda a patrimonializar lo aportado y a ser inicio de un diálogo consigo mismo que pueda llevar a cambios.

Estamos, pues, ante un libro abierto –interactivo, podríamos decir– que pretende implicarnos en el desarrollo del mismo, siendo protagonistas, junto al autor, del libro completado.

Luis Romero Rangel

GRÜN, Anselm, *Evangelio y psicología profunda*, Narcea, Madrid 2003, 104 pp.

Se trata de un conocido autor cercano a los temas espirituales de oración y vida religiosa; un *maestro* en el arte de dialogar con la aportación de las ciencias humanas, desde la experiencia de fe.

En esta sencilla, pero atractiva y profunda reflexión, Grün nos hace, en primer lugar, una presentación de la hermenéutica bíblica. Se hace eco del modo particular que asume la lectura y reflexión de la Escritura en el pueblo creyente –que prefiere imágenes y símbolos– y que ya había influido en los Santos Padres. Privilegia la experiencia de Dios como iluminadora y aproximativa de sentido en la interpretación de los textos.

Destaca la profundidad del estudio realizado por Drewermann sobre psicología profunda y exégesis, y se propone hacerlo accesible con su comentario –por considerar que la obra de este último no es de divulgación–, a la vez que señala los puntos incompletos de su trabajo.

Como ya nos tiene acostumbrados, recurre a las teorías de Jung, y en este libro especialmente a la reflexión de su discípulo Sanford.

Realiza un interesante recorrido por las curaciones, parábolas, narraciones, historias de encuentros, de la Pasión y la Resurrección de Jesús. Invita a disponerse ante la Palabra en actitud de oración, que quiere decir *escuchar al Señor y escuchar el propio corazón*. Ejercitarse en atender las resonancias

que esa Palabra produce «en mí», contando con las propias pasiones, reconociéndolas sin rechazarlas, aprendiendo pacientemente a transformarlas en *pasión por Dios*. En este sentido, Grün interpreta ágil y profundamente las palabras y los silencios del Señor. Hace comentarios muy cercanos a la experiencia vital de sus posibles lectores y aprovecha los aportes de la psicología profunda para señalar sus *buenos vínculos* con la vida interior y de fe.

Desde el punto de vista del método, al finalizar la presentación y los comentarios de los textos bíblicos, formula algunas preguntas que pueden facilitar la comprensión y práctica de las orientaciones propuestas.

Con delicadeza y sabiduría aborda este *entramado*, que puede ayudar al creyente de hoy, necesitado de cultivar su amistad con Dios como el fundamento más profundo de su ser.

Puede ser un aporte en el camino de experimentar, a nivel teológico-espiritual, el dinamismo de un pensamiento inclusivo que sostenga con más realismo y autenticidad la historia de salvación desplegada en el corazón y la vida de cada cristiano.

Une creativamente la lectura del Evangelio y de la realidad, en búsqueda constante de diálogo con el Otro y con los otros para madurar en la fe y en la identidad cristianas.

Silvia Merlo

ESPEJA, Jesús, *Los sacramentos cristianos*, San Esteban, Salamanca 2003, 238 pp.

Lo que mueve a Jesús Espeja a escribir este libro es su experiencia pastoral de observar cómo los sacramentos siguen siendo para unos un rito mágico, perdiendo así su identidad, mientras que para otros son algo de lo que se puede prescindir, porque han dejado de tener relevancia para la acción social.

Por eso se va a remontar en breves páginas al origen histórico de tal deformación, para llegar al Concilio Vaticano II, que proporciona, a su juicio, la visión que da la verdadera identidad y relevancia de los sacramentos.

Tras este breve repaso histórico, dedica un capítulo al sacramento como símbolo, donde aparece la Iglesia no sólo como administradora, sino también como fuente y sustentación de los mismos, y donde la comunidad creyente ofrece su vida de modo especial en favor de sus miembros en situaciones concretas.

Divide los sacramentos en tres clases. En primer lugar estarían los sacramentos de *iniciación*, con el

bautismo como entrada en la Iglesia, la confirmación como don del espíritu para ser testigos, y la eucaristía, que representa el centro de la existencia cristiana; los de *curación*, con la penitencia como el sacramento del perdón, y la unción de los enfermos; por último están los de la *comunidad*, con el matrimonio como proyecto de la misma, y el sacramento del orden, donde aparece el poder como mediación del amor.

Resulta muy sugerente el último capítulo, donde Espeja nos ofrece unas pautas de cómo desarrollar una auténtica celebración en la que prevalezca la fe sobre el rito y no se olvide que los sacramentos son para los hombres.

Si el objetivo del autor consistía en arrojar luz sobre la crisis de sentido que acompaña en general a la celebración de los sacramentos, creemos que lo consigue con creces, porque comunica su experiencia y sabiduría de manera muy clara y comprensible para el lector.

Juan Pedro Alcaraz

ODUYOYE, M.A. – KANYORO, M.R.A. (eds.), *Mujeres, tradición e Iglesia en África*, Verbo Divino, Estella 2003, 268 pp.

«Nos unimos para decir no a la ausencia de las voces de mujeres en la teología cristiana africana (...) Nos hemos comprometido a compartir nuestras reflexiones teológicas». Con estas palabras, la teóloga de Ghana Mercy Amba Oduyoye

compartía la hermosa experiencia del florecimiento, en 1989, del Círculo de Teólogas Africanas Comprometidas. Se trataba, como ella misma expresaba, de «un tiempo de construcción de una comunidad de mujeres teólogas africanas, un

tiempo de tejer redes entre nosotras y de crear un círculo de amistad». Poco más de diez años después de su creación, vemos traducido al castellano uno de los frutos del trabajo de este Círculo, cuyo principal objetivo es analizar el influjo de la cultura y la religión en la vida de las mujeres africanas. Una obra en colaboración que recoge artículos de diferentes teólogas del continente africano, agrupados en torno a tres ejes: las mujeres en la cultura africana, las prácticas sexuales y su incidencia en la vida de las mujeres africanas, y la relación entre éstas y la Iglesia cristiana.

La relación que media entre el evangelio y las culturas constituye una de las cuestiones más debatidas en la teología actual y a la que las mujeres están prestando especial atención, pues, según la forma en que entendamos esta relación, se derivarán unas u otras consecuencias para la vida de las mujeres. De ahí que las autoras del libro traten de llevar a cabo un encuentro entre sus tradiciones culturales y su fe cristiana. Estableciendo un diálogo crítico entre ambas, esta obra es una muestra de cómo las mujeres del continente africano encaran la difícil tarea de llevar a cabo una elaboración teológica a partir de los cuatro elementos que caracterizan toda teología contextual: evangelio, tradición, cultura y cambio social. A sus reflexiones subyace la convicción de que una «una fe cristiana viva en África no puede sino interactuar con la cultura africana» (p. 74), pero reclaman un modo nuevo de pensar la interacción entre

el mensaje de Jesús y las diferentes culturas del continente africano que genere efectos liberadores para la vida de las mujeres cuando la cultura otorga posibilidades diferentes para hombres y mujeres, que ayude a restaurar su dignidad en aquellas dimensiones en las que la cultura tradicional las ha negado. Preguntas como la que se formula D. Nwachuku —«¿cómo puede practicar su fe una viuda africana cristiana ante los rituales de enterramiento y duelo prescritos culturalmente?» (p. 70)— son expresión de la complejidad de dicha tarea. A esta difícil pero apasionante problemática nos aproxima esta obra.

En las diversas contribuciones se van analizando los diferentes ritos africanos y su incidencia en la vida de las mujeres. Casi todas las autoras señalan el carácter ambivalente de los rituales tradicionales. Se refieren igualmente al papel de la Iglesia cristiana en el necesario proceso de evolución de los rituales, así como a la experiencia ambivalente de un cristianismo que actuó en ocasiones como instancia legitimadora, siendo en otras fermento de renovación. Una de las tradiciones a las que dedican un análisis más detallado es la poligamia. Desde los problemas que plantea la traducción de un término que carece de equivalente exacto en otra cultura (M. Kanyoro), su función social y cultural, hasta desembocar en el punto de vista cristiano —«cómo encaja la poligamia con la voluntad de Dios para la humanidad»— y la realización de una crítica teológica feminista de esta insti-

tución desde la experiencia de las mujeres (A. Nasimiyu-Wasike), que denuncia la poligamia porque reduce a la mujer a un status de inferioridad.

Las reflexiones de estas teólogas muestran cómo, en muchos casos, las mujeres africanas se encuentran atrapadas ante un doble riesgo en la nueva situación postcolonial. La suya es una experiencia cultural marcada por el colonialismo y el neocolonialismo, que, en el proceso actual de recuperación de la identidad poscolonial, las enfrenta, por una parte, al imperialismo cultural occidental, presentándoles,

por otra, el riesgo de volver a asumir los roles tradicionales de sumisión. ¿Cómo mantener la identidad africana sin que ello signifique menoscabo para las mujeres?

En su prólogo al libro, Katie Cannon elogia como una de sus mejores aportaciones el poner por escrito una parte de la rica tradición oral africana y de la experiencia de las mujeres, posibilitando un discernimiento reflexivo y crítico. Una obra de enorme interés para conocer la reflexión teológica de las mujeres africanas.

Carmen Márquez

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, Patxi, *Comunidades de solidaridad*, Mensajero, Bilbao 2002, 260 pp.

En su famosa Congregación General 32, la Compañía de Jesús fijó como punto focal de su misión el servicio de la fe y la promoción de la justicia, una formulación agraciada que ha tenido gran impacto eclesial y social. Veinte años después, en 1995, la CG 34 actualizó dicha opción en el nuevo contexto social y cultural, y acuñó para ello el término «comunidades de solidaridad». Se trata de un concepto igualmente potente, pero más difuso que el de fe-justicia.

La obra de Patxi Álvarez viene precisamente a esclarecer el sentido y las implicaciones de las comunidades de solidaridad (CS), siendo el primer libro que se detiene a estudiarlo con detalle. Y lo hace con rigor, sensibilidad, equilibrio, claridad y convicción.

La primera parte se dedica a analizar qué es la solidaridad. Un primer capítulo histórico permite captar los orígenes laicos del término, vinculado al movimiento obrero; el segundo capítulo expone la solidaridad en el Magisterio eclesial, mientras que el tercero esboza las dimensiones esenciales de la solidaridad en el triple nivel personal, ético-político y cultural. La segunda parte del libro, articulada en cuatro capítulos, desarrolla el fundamento trinitario de las comunidades de solidaridad. Finalmente, la tercera parte profundiza en las CS, partiendo de los textos de la Congregación General 34 (capítulo 8) y lanzando propuestas más concretas y operativas: comunidades de vida, instituciones de servicios sociales, CS en el mercado, CS de

reflexión y acción política, instituciones amalgama... El último capítulo abre nuevas perspectivas, relacionando las CS con las comunidades de contraste y con los movimientos sociales.

En mi opinión, es un acierto del libro buscar y encontrar una fundamentación teológica para las CS, y acudir para ello tanto a unos pasajes iluminadores del Evangelio (en el capítulo 3) como a la misma Comunidad Trinitaria (toda la segunda parte). Ahora bien, en ocasiones se tiene la sensación de que hay conexiones forzadas y de que no está claro el método utilizado (¿se da primacía al análisis sociológico y se hace coincidir lo teológico con éste, o es a la inversa, o simplemente se confía en que ambos coinciden sin más?). Por otro lado, después de realizar una seria fundamentación teológica de las CS, la cuestión de la fe en éstas parece tratada de un modo excesivamente rápido. Quizá se eche en falta la discusión con algún planteamiento teológico de mayor calado, por ejemplo Rahner, tanto en su tesis sobre la Trini-

dad económica y la inmanente como en su teoría de los cristianos anónimos.

Muy acertado me parece el énfasis en la dimensión política de las CS (no todo se puede zanjar en el importantísimo ámbito cultural) y en la necesaria vinculación cotidiana con los pobres. El apartado sobre el mercado es quizá más flojo, pero también imprescindible. Muy sugerente me resulta la cuestión, sólo esbozada, de las similitudes y diferencias entre las CS y las comunidades de contraste.

Se trata, pues, de una obra clarificadora y estimulante. Ojalá pueda ser leída y aprovechada por muchas personas. Desde el punto de vista intelectual, no agota el tema, sino que lanza ya algunas sugerencias para seguir avanzando en la reflexión. Desde el punto de vista práctico, será de gran ayuda para el diseño de la acción social de congregaciones religiosas, instituciones y grupos apostólicos, parroquias o diócesis.

Daniel Izuzquiza, SJ

MARTINI, Carlo Maria, «*Pueblo mío, sal de Egipto*». *El camino del pastor en su pueblo*, Sal Terrae, Santander 2003, 152 pp.

La producción bibliográfica del cardenal Martini es abundante y rica, centrada en la espiritualidad que nace de la reflexión y el estudio de la Palabra de Dios. Esta vez recoge unos ejercicios espirituales que él mismo dirigió a los sacerdotes de la diócesis de Milán en la que servía.

Parte de la situación de división que frecuentemente vive cualquier cristiano, cuya raíz está en el auto-centramiento de la persona sobre sí misma. Y presenta el núcleo existencial del pastor en la llamada a participar del *pathos* de Dios, conocimiento experiencial de la acción

pasional del Dios de la Libertad y del Amor. El don recibido configura la vida del pastor a imagen de Quien le llama a servir al Pueblo de Dios congregado. En esta dinámica, Martini resalta la contemplación apostólica, que ofrece a toda la vida un sentido de conjunto, sin fisuras ni heridas olvidadas, y que otorga la liberación de la pesadez de corazón. Es tanto un don como un derecho del apóstol, como gracia que debe acoger para que su servicio dé frutos realmente cristianos.

Las referencias al último capítulo del evangelio de Juan son constantes a lo largo de todas las meditaciones. Es punto de encuentro de todas las temáticas, pero en especial del proceso de la comunidad. El conocimiento teórico de la Escritura que posee Martini se convierte de este modo en un instrumento único y privilegiado. Se hace centro de sus exposiciones desde la sabiduría que desprende un contacto asiduo con la Sagrada Escritura.

La celebración de la reconciliación ocupa un lugar bisagra. Se hace una reflexión sobre la crisis de este sacramento y se ofrecen modos

esperanzados para superarla desde la figura del profeta Jeremías, persona que quedó transformada por su disponibilidad. Desde este punto se pasa a las experiencias de Pedro –la persona que se hizo totalmente indigna de confianza por no responder a las esperanzas depositadas en él, pero que mantiene una relación de amistad con Jesús y de confianza, a pesar de lo que descubre de sí– y de Moisés –la persona que ha conocido, pero en la oscuridad, al Señor.

Los testigos del Invisible, de contemplación apostólica, quedan abiertos a una relación que les supera y les hace humildades adoradores, centrados en la paciencia de Dios. Reflejan así una esperanza fundada más allá de lo visible, enraizada en la vida eterna que ofrece el Padre.

El éxodo se revela como proceso humanizador, experiencia vital de conversión continua, camino hacia Dios en la fragilidad de la condición humana. Así concluye con la salvación prometida en el salmo «Miserere».

José Fernando Juan Santos

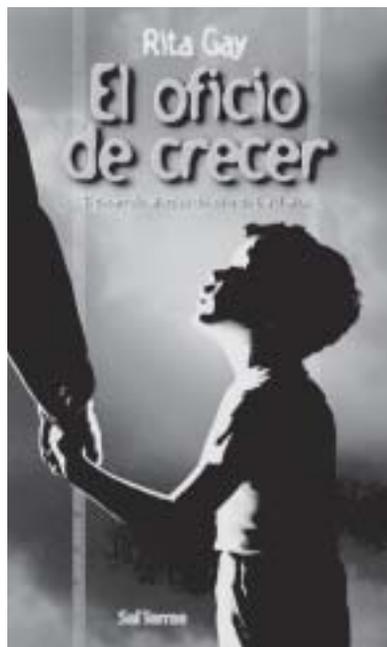
ST
EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



«Se acabó el recreo»: con estas palabras resume un insigne estudioso el «gran salto» de la edad preescolar a la primera experiencia escolar «obligatoria». El niño y la niña, divididos entre el deseo de crecer y el miedo a hacerse mayores, viven múltiples relaciones y un intenso desarrollo afectivo y cognitivo. Este libro se propone ayudar a los padres y los educadores a acompañar con amor y firmeza el crecimiento de los pequeños, evitando crear «niños acelerados» o «Peter Pan incurables». La autora tiene el don de saber afrontar, con la sencillez que nace de la sabiduría, incluso los problemas más complejos.

RITA GAY (Milán, 1923), madre de dos hijos, es doctora en filosofía por la Universidad Estatal de Milán, y en psicología por la Facultad de Magisterio de Turín. Ha trabajado en la formación de profesores de educación infantil, primaria y secundaria, y es consejera en temas de espacio-juego, espacio-familia, ludotecas, y también en una comunidad de acogida para menores.

176 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €

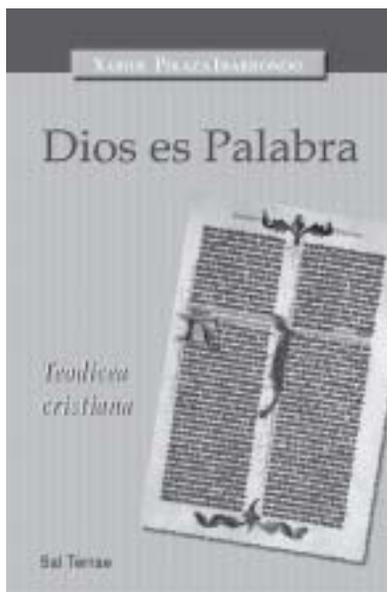
ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



Dios tiene otros nombres: es Amor o Padre, Pensamiento o Mundo, Libertad o Gracia, Ser o Destino... Pero este libro destaca el de Palabra, recogiendo un tema central de la Biblia y vinculando la raíz judeocristiana de la religión con la experiencia filosófica de Grecia, que ha destacado el valor de la palabra como idea o razonamiento. Se trata de un *libro de tesis*, a la vez que de un *libro de texto*, cuyos temas han sido objeto de inmensa disputa y forman la entraña de la *teodicea*, entendida como juicio de Dios que nos lleva más allá de todo legalismo, al lugar donde emerge la experiencia de la gracia.

Los temas de este libro de tesis y texto han sido objeto de inmensa disputa y forman la entraña de la *teodicea*, entendida como juicio de Dios que nos lleva más allá de todo legalismo, al lugar donde emerge la experiencia de la gracia. En este lugar se han vinculado y se siguen vinculando ilustración y religión, pensamiento riguroso y evangelio creador, sistema impositivo y utopía de liberación, abierta al Reino, entendido como expresión total de la Palabra que es Dios.

Enc. Tela / 392 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 22,00 €